

Carlos Díaz

Diez virtudes para  
vivir con  
humanidad

m

Morgan  
e-books

- 1 • Edición (España): enero de 2002
- 2." Edición (México): febrero de 2002
- 3." Edición (España): febrero de 2002
- 4." Edición (España): marzo de 2002
- 5." Edición (España): junio de 2002
- 6." Edición (México): septiembre de 2002
- 7.ª Edición (España): diciembre de 2002
- 8.\* Edición (España): abril de 2002
- 9." Edición (España): noviembre de 2003
- 10." Edición (España): mayo de 2004
- 11." Edición (España): enero de 2005
- 12." Edición (España): junio de 2005
- 13.ª Edición (España): enero de 2006

© *Fundación Emmanitel Moimier*

Melilla, 10. 8." D. 28005 Madrid

Teléf. y Fax: 91 473 1697

e-mail: carlosdiazh@eresmas.net

www.pangea.org/~spie/iem/iem.html

©*SOLITEC*

Cayetano de Cabra, 14. 29003 Málaga

Teléf. 9523301 51

©*IMDOSOC*

Pedro Luis Ogazon, 56. 01020 México D. F.

Teléf. 5 661 44 65. Fax 5 661 42 86

Reforma 48

Centro histórico

C.P. 7600 Querétaro

México

*Diseño de cubierta*

unocomunicación

Depósito legal: S. 1.694-2001

ISBN: 84-95334-18-6

Imprenta KADMOS

Teléf.: 923 28 12 39

SALAMANCA, 2005

## ÍNDICE

<b>I. LA VIRTUD .....</b>	<b>11</b>
1. La virtud, biografía bien vivida.....	11
2. Mal vestido está quien anda desnudo de virtud.....	12
3. Virtudes: todas para una, una para todas..	13
4. El narcisismo (fariseísmo interior) contra la virtud.....	14
5. El fariseísmo (narcisismo exterior) contra la virtud.....	15
<b>II. FORTALEZA .....</b>	<b>17</b>
1. Fortaleza: el poder del querer.....	17
2. Voluntad y forja del carácter.....	18
3. Sólo si quiero hacer algo de lo que puedo, podré lograr algo.....	19
4. Carácter, el querer del poder.....	21
5. ¡Puedo!.....	22
6. ¡Soy libre, actúo!.....	25
7. Para llegar muy lejos, comenzar por ir muy cerca.....	29
<b>III. ALEGRÍA .....</b>	<b>33</b>
1. Alegres y felices.....	33
2. Parábolas de alegría.....	34
2.1. <i>Parábola de los viajeros</i> .....	34
2.2. <i>Parábola del prisionero del campo de concentración</i> .....	35

2.3. <i>Parábola del maestro Figueredo</i> .....	36
2.4. <i>Parábola del pordiosero soñador</i> .....	36
2.5. <i>Parábola de la biblioteca del castillo</i> ...	37
2.6. <i>Parábola de Simorgh</i> .....	37
<b>IV. AMOR</b> .....	<b>39</b>
1. ¿Razones del corazón?.....	39
2. Ser amigos: estar seguro de que vendrás..	40
3. Cuidar al hijo disminuido: Vicentito.....	41
4. Recibir al hijo pródigo.....	42
5. Una fuerza milagrosa que llega hasta los confines de la Tierra.....	44
5.7. <i>Quiero que tú existas</i> .....	44
5.2. <i>Quiero tu querer</i> .....	44
5.3. <i>El amado es eminente por ser amado</i> ...	45
5.4. <i>¡Qué maravilloso es el mundo!</i> .....	47
5.5. <i>Por ser tú</i> .....	48
5.6. <i>¡Qué triste que se haya ido, qué bueno que haya venido a mí!</i> .....	49
<b>V. CONFIANZA</b> .....	<b>51</b>
1. Con-fianza: encuentro con-fidente.....	51
2. Algunas parábolas.....	52
2.1. <i>Parábola de los tres grados de confianza</i> ...	52
2.2. <i>Parábola del jardinero</i> .....	52
2.3. <i>Parábola de los astronautas</i> .....	53
2.4. <i>Parábola del luchador de la resistencia</i> ...	53
2.5. <i>Parábola de los dos viajeros</i> .....	54
2.6. <i>Parábola de los dos huérfanos</i> .....	54
2.7. <i>Parábola de las huellas sobre la arena</i> .	55

<b>VI. ESPERANZA .....</b>	<b>57</b>
1. Hastío contra esperanza.....	57
2. Esperar es dar crédito a la realidad.....	58
3. Espero en ti .....	59
4. Espero en Ti.....	61
5. Si me voy antes que tú.....	62
6. Parábola del supuesto ciego.....	63
7. Parábola de la lámpara encendida.....	64
<b>VII. HUMILDAD .....</b>	<b>65</b>
1. No te justifiques.....	65
2. No estés pendiente de ti.....	67
3. Grados de humildad.....	68
3.1. <i>Los doce de la Regla de San Benito.....</i>	<i>68</i>
3.2. <i>Los tres grados de San Bernardo.....</i>	<i>68</i>
3.3. <i>Como un cadáver.....</i>	<i>69</i>
<b>VIII. JUSTICIA.....</b>	<b>71</b>
1. Justicia y amor.....	71
2. ¿Quién es justo?.....	72
3. Justicia, responsabilidad y veracidad.....	74
4. La regla de oro del justo.....	75
5. La generosidad no sustituye a la justicia, pero la mejora.....	76
6. La justicia que se pierde en la Tierra ¿acaso no merece al menos verse recompensada en el cielo?.....	77
<b>IX. PACIENCIA.....</b>	<b>79</b>
1. Virtud humilde, pero básica.....	79
1.1. <i>Parábola del bon sai.....</i>	<i>79</i>

1.2. <i>Parábola de Lincoln</i> .....	80
1.3. <i>Parábola del pequeño caracol</i> .....	80
1.4. <i>Parábola del leopardo y el fuego</i> .....	81
7.5. <i>Parábola del chino y el caballo</i> .....	82
1.6. <i>Parábola de los artesanos de Chiapas</i> ..	82
1.7. <i>Parábola del trigo</i> .....	83
1.8. <i>Parábola del sembrador</i> .....	84
1.9. <i>Parábola del barrendero</i> .....	85
<b>X. PRUDENCIA</b> .....	<b>87</b>
1. Para saber vivir el presente.....	87
1.1. <i>Parábola de las tres mariposas</i> .....	88
1.2. <i>Parábola de los dos gatos y el mono</i> ....	89
1.3. <i>Cuando el loco entra en mi casa</i> .....	89
1.4. <i>Parábola del niño de cristal</i> .....	91
<b>XI. TEMPLANZA</b> .....	<b>93</b>
1. La templanza: quien evita la tentación evita el peligro.....	93
2. Templanza y desapego del yoísmo.....	94
3. Autocontrolarse, autodominarse, serenarse	95
4. Vivir con lo estrictamente necesario.....	96
5. Cuatro parábolas.....	97
5.7. <i>Parábola del movimiento obrero</i> .....	97
5.2. <i>Parábola del rabino y los caballos</i> .....	98
5.3. <i>Parábola del cura de Ars</i> .....	99
5.4. <i>Parábola del abad budista</i> .....	99

## I. LA VIRTUD

### 1. La virtud, biografía bien vivida

No todas las biografías son tan impresentables como sugiere Bernard Shaw cuando afirma que «leyendo una biografía os dais cuenta de que la verdad no se presta nunca a ser publicada», o como dice Osear Wilde («una vida bien escrita es tan rara como una vida bien empleada»). No se mide la vida de las personas por su duración, sino por el uso que han hecho del tiempo que les fue dado vivir. ¿Amas la vida? En tal caso no malgastes el tiempo, ya que es el tejido de la existencia; una vida grande es un pensamiento de juventud realizada en la edad madura, madurado en el adulto que convivió con el niño abriéndose al padre. Toda vida es, en su mayor parte, espuma y viento, fragilidad y pompas de jabón, pero existen al menos dos componentes vitales sólidos como el mármol: la compasión ante la desgracia ajena y el valor ante la desgracia propia, es decir, la alegría luminosa y la gracia de haber podido testificarla. Para los mejores, la vida es un combate que se salda con una experiencia de luz; para los menos buenos, la tristeza de una sombra peregrina; pero también para estos últimos, que somos mayoría, la vida sería mil veces mejor acompañada por espíritus virtuosos, pues la intensificación de la existencia sólo se alcanza por contagio de su energía luminosa, esto es, de su virtud, de su fuerza.

Ahora bien, no habría biografía virtuosa sin muerte, pues toda biografía es un combate victorioso sobre la

sombría muerte. La luz de una vida luminosa asombra a las sombras de la muerte y, al a-sombrarla dejándola sin lo que ella es, la nihiliza y ano-nada posibilitando el resplandor del Todo, que ya sólo puede ser gracia y gloria. La muerte no es el morir, morir se acaba: cada noche morimos y cada día renacemos si vivimos según virtud.

## **2. Mal vestido está quien anda desnudo de virtud**

El-hombre-tal-como-es se plenifica en el-hombre-tal-como-podría-ser-si-realizara-su-naturaleza. La virtud es la plenificación de la bondad potencial que hay en nosotros, «convierte al hombre en prudente, discreto, sagaz, cuerdo y sabio, valeroso, moderado, íntegro, feliz, digno de aplauso, verdadero, es decir, un gran hombre en todo. Tres eses traen la dicha: santo, sano y sabio. La virtud es el pequeño sol del pequeño mundo llamado hombre; el hemisferio es la buena conciencia. Nada hay que amar más que la virtud, ni nada es tan aborrecible como el vicio. La virtud es cosa de veras, y de burlas todo lo demás. Hay que medir la capacidad y la grandeza por la virtud y no por la suerte. La virtud se basta a sí misma. Ella hace al hombre digno de ser amado, cuando vive, y memorable, una vez que ha muerto» (Gracián).

Es preciso ser virtuoso para alcanzar una vida feliz, pero también ser feliz para ser virtuoso; por eso, la virtud no puede ser un vicio disfrazado, ni siembra narcisista de fama futura, ni temor al comentario de las gentes o a la ley. Las actitudes pequeñas afectan a las



mentes pequeñas, pero quien monta un elefante no teme los ladridos de los perros, y ni aún la mayor de las serpientes atemoriza al águila.

## **2. Virtudes: todas para una, una para todas**

San Gregorio aseguraba que la prudencia no es verdadera si no es justa; ni es perfecta la templanza si no es fuerte, justa y prudente; ni es íntegra la fortaleza si no es prudente, templada y justa; ni es verdadera la justicia si no es prudente, fuerte y templada. En realidad no existen las virtudes en plural, cada una a su aire y a modo de catálogo de habilidades independientes; la virtud (en singular) es el ser humano entero, de ahí que cada hábito virtuoso implica a los demás porque es el ser humano entero quien puede recibir el calificativo de virtuoso.

Quien posee una virtud las posee todas, y quien ofende a una, a todas ofende. Virtud: sintaxis de la diversidad, pluralidad solidaria de las excelencias, esencia única con nombres distintos. Esto no impide que, yendo juntas pero no revueltas, cada una de ellas tenga su sede propia, y por eso afirma Aristóteles que el ojo posee su virtud como el caballo la suya, siendo la virtud del ojo la de hacernos ver bien, y la del caballo ser bueno en la carrera.

En Kant será la buena voluntad la encargada de unificar las virtudes. En Grecia, están unidas por la armonía interior. En el cristianismo, el amor es el centro de todas. Eslabones de una misma cadena, todas las virtudes son manifestaciones del amor, única virtud sin

límite: nunca podremos decir que amamos demasiado, porque la medida del amor es amar sin medida.

Orden, medida: así como para cada virtud una definición subsume la pluralidad de casos particulares, así también se combinan las virtudes entre sí según la debida proporción; es el hombre entero el que ha de ser virtuoso. El sabio no es el coleccionista de virtudes que reúne las excelencias complementarias desde fuera de sí -la prudencia del zorro y la fuerza del león- sino el corazón amoroso. Fusión sin confusión: una virtud en la otra, todas en todas y todas en cada una, cada una totalmente entera en el sujeto entero. En sentido contrario, quien tiene un vicio tiene todos los vicios: la avaricia, por ejemplo, recapitula mediocridades tales como dureza, egoísmo, mezquindad, etc.

Cuando esta unidad interior no se da tenemos los casos complejos. Aquiles, o el valor sin prudencia, Ulises o la prudencia sin generosidad, Ajax o la fuerza sin justicia; en ellos los instintos y las virtudes entran en competencia entre sí, con la merma subsiguiente de todas ellas y de sus portadores. Si el heroísmo es espasmódico, la virtud es crónica. Ni la virtud puede ser fugaz (la piedad-minuto, la piedad momentánea no es aún una virtud), ni puede fraccionarse (una semisabiduría no es una sabiduría).

#### **4. El narcisismo (fariseísmo interior) contra la virtud**

¿Puede quererse la perfección propia como objeto del querer, constituir su finalidad? Pretender ser un «saco de virtudes», salir del gimnasio ético presumiendo de

tener un «cuerpo ético» sería fariseísmo. El fariseo cree convertirse él mismo en bueno, pero sólo el resultado del ejercicio de acciones buenas me convierte en bueno, sin pretenderlo; sin su ordenamiento hacia un fin bueno la virtud termina en narcisismo o prometeísmo. Quien se declara poseedor de una virtud encubre su egocentrismo, pues la virtud lo posee a uno y no a la inversa. El fatuo dice: «a mí a humilde no me gana nadie». Ejercitarse en virtudes para exhibirse encuentra su acomodo en el refrán «dime de qué presumes y te diré de que careces»: este narcisismo egocéntrico (autotélico) hace de sí mismo el fin de la acción. La perfección farisaica no es sino avaricia espiritual, virtuosismo sin virtud: la misma distancia que va de la sonrisa comercial a la sonrisa tierna.

### **5. El fariseísmo (narcisismo exterior) contra la virtud**

Quien para ser virtuoso exige premio o recompensa exterior es moralmente reprobable; la acción virtuosa es tan ajena al miedo al castigo («haré tal cosa o no la haré para que no me castiguen»), como a la mera obediencia a la ley: hay leyes sin valor ético, por muy comunes que sean. En la virtud no cabe heteronomía.

Si la virtud es el hábito de obrar el bien, el vicio es el de obrar el mal: lo que nos impide abandonar un solo vicio es que tenemos varios. Presumir de vicioso es añadir otro nuevo, el de la presunción; al final, alguno se parece a un cheque de un millón de dólares contra un Banco en quiebra. Hace el tonto quien considera interesante lo que un día le llevará a violar su palabra,

a perder el pudor, a utilizar malas artes. Quien contra los demás hace, contra sí mismo escupe. Los vicios son un error de cálculo en la búsqueda de la felicidad, nos visitan como huéspedes y se quedan como carceleros. Todo vicio conlleva su consiguiente excusa y su inevitable cinismo -se comienza por avergonzarse del vicio, y se acaba por blasonar de él-, siempre su fariseísmo: los vicios más peligrosos son los que se ocultan bajo apariencia de virtud, pero ni los mejores defectos bien explotados refulgirán como las virtudes, pues no dejarán de ser lo que son.

## II. FORTALEZA

### 1. Fortaleza: el poder del querer

Toda *virtus* (de *vif*) es fuerza, y por eso la fortaleza está presente en cada virtud: conlleva serenidad para aceptar las cosas que no se pueden cambiar, valor para cambiar aquello que se puede, inteligencia para gustar la diferencia. Para los griegos de tradición estoica la virtud es fortaleza y elevación de ánimo frente a los impulsos irracionales y los azares de la fortuna, mientras que para los de tradición homérica significa excelencia de carácter, armonía, plenitud del hombre de bien que realiza el fin al cual está llamado. Sin la sabiduría el esfuerzo es ciego, pero sin el esfuerzo la sabiduría es impotente; si falta conocimiento no hay voluntad, sino instinto, pero si falta la voluntad el conocimiento es inútil. Sin fortaleza sólo queda pesimismo: quien estime inmodificable una realidad será un simple pesimista disfrazado de realista. No se trata de la acción por la acción, del mero activismo, pues lo que se hace sin formar una mentalidad carece de sentido, pero una voluntad que no ejerce su asertividad es voluntad desertora. Por miedo a la acción mucha gente se neurotiza y no hace nada; la persona pusilánime, inhibida, hipersensible, no se afirma en el mundo, algo pavoroso y a su acecho puede caer sobre ella en cualquier momento, se vuelve hipocondriaca, más atenta a sus propias dolencias reales o supuestas que a sus interlocutores. Si no eres asertivo te vienes abajo, vuelves contra ti los conflictos, sufres por sufrir, te refugias en

la derrota, huyes, caes en el conformismo. Si solos no podemos, pidamos ayuda, quien nos quiera nos ayudará; siempre se puede, al menos intentarlo: un problema es una oportunidad.

## **2. Voluntad y forja del carácter**

La vida es tarea y proceso de ajustamiento. Poco a poco hila la vieja el copo. Sin que nos demos cuenta, va tejiéndose y destejiéndose el manto de nuestra existencia, nuestro carácter axiológico, que no es el carácter sicológico que le sirve de soporte (más o menos avinagrado, risueño, etc), sino la forma de vivir. Un talento se forma en la calma; un carácter, en el torrente del mundo. La condición humana es en parte espontaneidad natural, pero también deliberación artificial: llegar a ser humano del todo es un arte ético.

«Ética» viene de *éthos*, lugar donde uno habita (primera naturaleza) y modo de ser (carácter, segunda naturaleza) obtenido gracias a unos hábitos (si buenos, virtudes; si malos, vicios), los cuales hábitos surgen de la repetición de los actos. La ética es aquel quehacer que consiste en la forja del carácter; nacemos con una determinada naturaleza primera, pero vamos modificándola con nuestro actuar plenificador (y entonces nos encontramos altos de moral) o degenerativo (y entonces andamos con la moral por los suelos, bajos de moral, desmoralizados). La ética es, pues, la aclimatación del espíritu en la materia: convertirse en luz.

Acción-hábito-carácter-destino: al final, el mundo es un espejo, y te devuelve la imagen de tu propio ros-

tro: frunce el ceño ante él, y te lanzará una mirada agria; trabaja por él, y él te ayudará. Es afortunado aquél cuyas circunstancias se ajustan a su carácter, pero es más excelente el que sabe adaptar su temperamento a las circunstancias. Tú puedes forjar tu carácter o *temperamentum* (*temperare*, templar: ejercer el temple): tu buen temple o temperatura ética, o tu carácter destemplado, disarmónico. «Temperare» (templar) es de la misma raíz que *tempus* (tiempo), pues es en el tiempo donde se labra la identidad ética, y por eso si siembras un acto tendrás un hábito, si siembras un hábito tendrás un carácter, si siembras un carácter tendrás un temperamento aprendido. Mientras tanto no podremos presumir de haber ganado para siempre tal o cual hábito, porque vivimos como Penélope, que tejía por el día y destejía por las noches el mismo manto hasta que llegara Ulises, su esposo.

### **3. Sólo si quiero hacer algo de lo que puedo, podré lograr algo**

Es la propia tarea que acometes, y la importancia que le concedes, lo que puede cubrir de gloria tu ahora; pero hasta la misma impotencia de hoy puede convertirse en el poder de mañana. La excelencia moral es resultado del buen hábito; nos volvemos justos realizando actos de justicia; templados, realizando actos de templanza; valientes, realizando actos de valentía. ¡Pues claro que puedes, como todo el mundo! Aprende a poder, hasta donde puedas, pues a lo imposible nadie está obligado. Alguien que cree que puede se hace ina-

batible, porque la fuerza viene de la convicción. Si cada minuto de tu vida tienes que probar que tu vida no es una derrota, tu vida en cada minuto será una derrota. Si crees, por el contrario, que para tí nada es imposible, para ti nada hay imposible. El sol poniente preguntó: «¿no hay quien pueda relevarme?» «Se hará lo que se pueda», contestó la lámpara de barro.

Si héroe no es sólo aquel a quien podemos elogiar en lo grande, sino también admirar en lo pequeño, entonces normalidad y heroísmo distan de ser incompatibles, según lo narra Julio Cortázar en la portentosa odisea del valiente que abandona una tarde su butaca, desciende la escalera, desafía el tráfico callejero, viaja hasta la esquina, adquiere el periódico y, de nuevo, navegando contra viento y marea, vuelve triunfalmente a su gran sillón. Lo que no puede faltar es el coraje. Coraje para vivir; generosidad para convivir; prudencia para sobrevivir; amor para desvivir: el coraje lo es siempre para las concreciones. Quienes hablan sin referirse a la realidad tienen un cadáver pudriéndoseles en la boca. El mundo es una montaña de mierda y hay que cogerla con las manos sin ensuciarse el corazón. Nosotros afirmamos el primado de una voluntad que es capaz de construir no sólo «ideaciones» (ideas), sino también «idealidades» (utopías), sin ceder por principio a lo ya dado; es al buscar lo imposible cuando se realiza lo posible, y quienes se limitan a lo posible jamás avanzan un paso. ¿Pide barricada el coraje? No, desde luego, si es violenta; pero hay otras barricadas. A veces la barricada cierra el camino, otras abre la calle; personalmente desearía que mi barricada fuese la de la razón profética no violenta. Únicamente los peces



muerdos nadan con la corriente, sólo el pato es feliz en su sucio charco porque no conoce el ancho mar, y sólo el chacal cree haberse dado un gran banquete cuando sólo ha comido los restos que abandonó el león. Alguien quedó extrañado de que aquel anciano hubiera escalado las cimas del Himalaya durante el crudo invierno; cuando le preguntaron, respondió: «mi corazón llegó primero; al resto de mi persona le ha resultado fácil seguirle».

#### **4. Carácter, el querer del poder**

¿Por qué es tan fácil desear y tan difícil querer? Porque en el deseo se expresa la impotencia, y en el querer la fuerza. Quien tiene la voluntad tiene la fuerza. La presencia de la voluntad de ser más no anula el reconocimiento de una cierta jerarquía del desear, pues no deben confundirse el sano deseo y los insanos deseos. Desear muchas cosas no es lo mejor, pues no ha de ser el hombre a la medida de los deseos, sino los deseos a la medida del hombre. No el deseo que esclaviza la libertad, sino la libertad que domina el deseo. El mero antojo no es formativo, pues hace a la voluntad misma esclava de los deseos, como niño malcriado. Una cosa es desear teniendo a la voluntad dominadora como centro, y otra muy diferente hacer a la voluntad esclava de los deseos. Las anorexias motivacionales estallan en el campo minado del me apetece/no me apetece como único criterio. La universalización de tal arbitrarismo conduciría a admitir que aquel que más puede satisfacer su caprichosa apetencia sería el más valioso.

No. El desear sin el deber no vale, sino sólo un querer a la altura del deber. En caso de que desee pero no deba, mi deber será frenar el desear y aceptar el deber (el remordimiento sano es el deber contra lo indebido); sólo cuando mi deseo y mi deber coinciden puedo permitirme el gozo en toda su magnitud.

Aunque a lo imposible nadie está obligado, sí a lo posible; ahora bien, si poder no siempre resulta posible, querer (al menos querer lo posible, pues no se puede querer realmente lo imposible) sí, pues todos pueden querer: para poder querer basta con quererlo, basta con querer querer. Quien no quiere querer no puede poder.

### **5. ¡Puedo!**

No basta con el mero querer algo para forjar un carácter: el querer es necesario, pero insuficiente. Para ejercer el querer hace falta poder. Pero tampoco se debe hacer todo lo que se puede: hace falta tener en cuenta el deber para que la acción sea axiológicamente correcta.

El poder sigue al ser; él es fuerza, pujanza, vigor. Deponer el poder resulta imposible. Mientras hay vida hay poder, en distinto grado; puede haberlo incluso hasta después de morir, como en la leyenda del Cid Campeador. Aunque ciertas versiones peliculescas presenten al héroe como a un Rambo de musculatura correosa y aceitada, hasta un enfermo impotente en su lecho goza de poder ante aquél que, por amarle, se lo confiere: ¿cómo negar la importancia que en la vida de

un padre amoroso ocupa un hijo necesitado? El poder no sólo brota de las capacidades propias, sino de la fuerza que nos confiere quien nos ama: da más fuerza sentirse amado que creerse fuerte. En el mundo oriental se afirma que cada ser humano tiene parte débil (*yin*) y parte fuerte (*yang*): el padre es «yang» para su hijo, la mujer es «yin» respecto a su marido, etc; por lo demás, nadie es completamente lo uno o lo otro, pues la complementariedad de los opuestos rige en todo.

La justicia sin la fuerza es impotente, la fuerza sin la justicia es tiránica. Sólo corrompe si no compartido: cuanto más poder compartido, más vitalidad común. Pero la persona sólo puede aspirar a un poder limitado, lo comparta o no; somos voluntad de poder, a condición de que ésta no se entienda como lucha inmisericorde de todos contra todos por la obtención de ese poder (voluntad de dominio, instinto de amo). El poder sólo debería concedérsele a gentes que no lo adorasen; de todos modos, el fuerte nunca lo es suficientemente para mantener eternamente su dominio.

Si asumo un deber, he de intentar al menos saber hasta qué punto me considero capaz de ejercerlo, es decir, cuáles creo que son los límites de mi poder, pues ¿qué sacaría yo en claro si sé lo que tengo que hacer, quiero hacerlo y debo hacerlo, pero me resulta imposible realizarlo? Yo puedo hacer algo, pero no puedo hacerlo todo: a lo imposible nadie está obligado. Entre el no y el sí, las voluntades débiles se traducen en discursos; las fuertes, en actos. Si no haces lo que quieres, haz al menos lo que puedes. Posibilidades: tu voluntad quiere y puede; quiere y no puede; no quiere aunque pudiera; ni quiere ni puede; ¡y hasta cabe que una parte

de ti mismo se oponga a otra parte de ti mismo en su complejo querer-poder! Sólo puedo hacer realmente lo que quiero cuando dejo de querer hacer lo que no debo. Que no puedas hacer todo lo que quieres no es razón para que no quieras hacer todo lo que puedes. Si aún puedes ser mejor de lo que eres, es evidente que aún no eres tan bueno como debes. Haz lo que puedas, pide para que puedas. Y que no piense el malo que no hay nadie bueno, ni el bueno crea que sólo él lo es.

El «sí» convierte los proyectos en realidades; la persona entrenada en las pequeñas y medianas contrariedades logrará superar las grandes. Lo que para el débil de voluntad es barrera, para el fuerte es desafío, la fortuna ayuda a los audaces. El «no puedo» del desmoralizado volitivo es un «¿cómo podré?» para el alma grande. La primera lección que nos enseña el luchador es considerar las dificultades y los sufrimientos como asuntos de rutina inherentes a la alegría del luchar mismo. El atleta demuestra su capacidad sólo ante los grandes obstáculos, que no le amilanan como a los pusilánimes, antes al contrario representan un acicate para él. Decidir sí implica saber decidir no (noluntad): yo quiero no querer el mal que tú sin quererme me ofreces; esto que me ofreces no lo quiero, te ofrezco por contrapartida un querer más alto: he ahí un gran «negar afirmando», que consiste en no querer queriendo mejor. El sí del agente se manifiesta a través de sus cuatro fórmulas: *de presentación*, aquí estoy, contad conmigo; *de identidad y cualificación*: yo soy este que soy; *de identificación*: me conocéis por mis obras; reconocimiento: os quedaré agradecido. En cierto sentido soy lo que quiero, quiero los querer que me hacen ser, quiero ser lo que soy. Pero también soy lo

que no quiero, me cuesta querer lo que soy, la parte ciega de mi querer me arrastra. La reflexión sobre lo hecho puede ayudar a hacer mejor.

El modelo de humanidad no es la evasión, sino el compromiso. Cuando debes hacer una elección y no la haces, esto ya es una elección. Se vive dentro del tren, y en él se ejercita la libertad; cabe modificar los vagones, o dejarlos intactos, disfrutar del paisaje o aburrirse, dialogar con los vecinos o callarse, pero no por eso el convoy se detiene, sino que corre infatigablemente hacia su destino. ¡Cuidado! Las águilas tienen un vuelo alto y poderoso, pero cualquier cazador furtivo puede abatirlas con un disparo: también los cazadores furtivos de nuestro corazón -la mezquindad, el egoísmo, los malos sentimientos- saben disparar.

La acción diligente aleja de nosotros tres grandes males: el hastío, el vicio y la escasez. El pan es más sabroso cuando se gana con el propio sudor; para disfrutar la sidra hay que pelar primero la manzana, para disfrutar las flores hay que cultivar primero el jardín, y eso requiere mucha agua, sobre todo en forma de sudor. Los sueños devienen realidad para quienes trabajan mientras sueñan. Santiago Ramón y Cajal exclamaba: «¡santa fatiga del trabajo: tú nos traes el sueño reparador, único consuelo del pobre, del perseguido y del postergado!».

## **6. ¡Soy libre, actúo!**

La libertad no consiste en hacer lo que nos da la gana, sino en hacer lo que tenemos que hacer porque nos da la gana; nadie es más esclavo que quien hace de

la libertad la facultad de elegir la esclavitud; deberíamos saber que no hay animal tan manso que atado no se irrite. Cada buen hábito adquirido es una libertad conquistada. La libertad no es una máquina de fabricar caprichos, así pues tú no entres donde libremente no puedas salir.

¡Soy libre, actúo! Fortaleza: un querer para la acción. Saber lo que hay que hacer es sabiduría; saber cómo hacerlo, inteligencia; hacerlo, virtud. Un grupo de estudiantes pidió al novelista Sinclair Lewis que les diera una conferencia, y le explicaron que todos ellos querían ser escritores como él. Lewis preguntó: «¿cuántos de ustedes pretenden realmente ser escritores?» Y todos levantaron la mano. «En tal caso no merece la pena que les hable. Mi único consejo es: vayan a casa y escriban, escriban, escriban». Luego, abandonó la sala.

Ningún humano lo puede todo; aunque normalmente se puede mucho, a veces se quiere poco. Yan-kieu dijo a Confucio: «tu doctrina me complace, maestro, pero no me siento con fuerzas para practicarla». El maestro le contestó: «los débiles emprenden el camino, pero se detienen a la mitad; tú, ni siquiera tienes voluntad para iniciar el camino; no es que no puedas, sino que no quieres». No nos falta valor para emprender ciertas cosas porque son difíciles, sino que son difíciles porque nos falta valor para emprenderlas.

Pocas cosas se obtienen por azar, pocos deseos se realizan por sí solos, hay que buscarlos con afán y alimentarlos con diligencia. No fracasa quien intenta sin desmayo lo mejor, aunque no lo logre; por lo demás, mejor fracasar honradamente que triunfar con fraude. La persona valiosa se levanta tras la experiencia dolo-

rosa sin consumirse en la inacción de la frustración: nuestra vida es un trampolín no una hamaca. Ante un bien inalcanzado quizá te sientas mal, si fracasas; pero estás perdido si no lo intentas: duro es caer, pero es peor todavía no haber intentado nunca subir. Ilusión fracasada es la experiencia dolorosa, pero una vida sin ilusiones ¿qué es? No se sale adelante celebrando éxitos, sino superando fracasos, pues todo fracaso nos brinda una nueva oportunidad. Fracaso es quien comete un error, pero no sabe transformarlo en experiencia. Los errores suelen ser el puente que media entre la inexperiencia y la sabiduría, por eso en el fracaso hay dos tipos de clase: primera clase y ninguna clase. No te importe el fracaso, siempre que no te resulte destructivo. Lo peor es autodescubrirse fracasado ante uno mismo.

La actitud más inteligente es enfrentarse a las situaciones con buen ánimo; él es al espíritu lo que la sangre al cuerpo. En toda circunstancia siempre hay un lado brillante, detrás de la más negra nube nos espera un sol radiante, quizás puedas dar la vuelta en U; los conflictos no duran siempre. ¿Acaso la gema no continúa siendo valiosa cuando se encuentra en el lodo? Lo que para algunos es una piedra que brilla, para el joyero es un diamante. Las luces del semáforo están a punto de cambiar de rojo a verde. ¿Es que el polvo vale algo porque el viento lo levante hasta el cielo? No ganarás la carrera posterior por la derrota en la anterior, sé modesto y recomienza.

Si dijese «ya basta, alcancé la perfección», todo estaría perdido, pues la perfección hace que uno conozca su propia imperfección. Hay quienes se consideran

perfectos, pero es sólo porque exigen menos de sí mismos. Abandonar puede tener justificación, abandonarse jamás. El progreso es un error constantemente rectificado, recuerda que el hecho de dar por terminada una obra no responde a una ley de perfección, sino simplemente a un límite de fatiga, y que se quiere más lo que se ha conquistado con más fatiga. Te cansas, luego estás viejo: renuévate, pero no culpes de tu cansancio al resto de los cansados.

Un viejo plantaba cedros. «¿Por qué siendo tan viejo plantas árboles cuyas sombras no disfrutarás?». «Si el Señor me considera digno, comeré y descansaré a su sombra. Y, si no, trabajaré para mis hijos como lo hicieron mis padres para mí». Variante: cuando llegó a sus oídos la noticia de que un bosque cercano había sido arrasado por llamas, dijo: «Debemos replantar los cedros». «¿Los cedros? ¡Pero si tardan siglos en crecer!». «Por eso tenemos que comenzar ahora mismo. No hay un minuto que perder». Cuando no tengas mejor cosa que hacer, planta un árbol: crecerá mientras duermes.

La primera cosecha está ya en el hecho de sembrar. Surco a surco, caminas hacia el futuro. Siembra sin esperar la cosecha; quien siembra poco espera demasiado y desespera mucho. Todo el placer de los días está en sus amaneceres. Imposible plantar hoy un árbol y sentarse mañana a su sombra: el tiempo es la hora de la siembra, la eternidad la de su cosecha.



### **7. Para llegar muy lejos, comenzar por ir muy cerca**

Tiempo habrá mañana para la cigarra, así que no olvides hoy el peaje de la hormiga; llegar hasta donde se pueda nunca resulta fácil, y la mayor parte de los fracasos suelen llegarnos por pretender adelantar la hora de los éxitos. Si al principio de un largo viaje conociésemos todas las dificultades que nos esperan, pocos lo emprenderían; por eso para llegar lejos habrá de comenzar por ir muy cerca (un lejos son muchos cercas): sólo hay un modo de dar en el clavo, y es dar cien en la herradura. Siempre que te pregunten si puedes hacer un trabajo, contesta que sí y ponte enseguida a aprender cómo se hace; en realidad, trabajar es descubrir lo que tienes dentro; por eso, si le encomiendas sólo lo que puede hacer, no lo hará. Quien no cultiva sus talentos es un ladrón, pues responde como el Comendador a don Juan Tenorio en el drama de Zorrilla: «y qué tengo yo, don Juan, con tu salvación que ver?».

¿Te gustaría saber lo que serás? Mira lo que haces. Cuando se ha trabajado todo el día, un buen atardecer sale al encuentro. No esperes al Juicio Final: tiene lugar todos los días. Imagina que cada día es el último que brilla para ti, y aceptarás agradecido el día que no esperabas vivir ya.

Cuida los minutos, las horas se cuidan por sí mismas. El día más largo llega pronto a su fin. Yerra quien no comienza a aprender por parecerle ya tarde. Uno de los secretos del entusiasmo es aliarse con la imaginación; cada día tiene sus espacios huecos, que el ideal ha de rellenar: siempre puede aprenderse. Ganas de

luchar, esperanzas de vencer. ¿Nadie te ha dicho que cultivar un jardín requiere mucha agua, la mayor parte en forma de sudor, y que el genio comienza las obras pero sólo el trabajo las concluye?. Si olvidas esto, en vano te quejarás del destino, pero la manera en que tomes las riendas del destino resulta más determinante que el hipotético destino. El destino está en tus manos; no dejes que el destino te destine.

Busca como quien va a encontrar y encontrarás como quien aún ha de buscar, pues cuando se ha terminado algo, entonces es cuando empieza. Para llegar muy lejos, comenzar por ir muy cerca. Llegarás tan lejos como el águila. El águila tiene que volar como águila. Aquellos dos hombres convinieron en averiguar si era posible que ese águila volara. El naturalista la cogió en brazos suavemente: «tú perteneces al cielo, no a la tierra. Abre las alas y vuela». Pero el águila estaba confusa, y al ver a las gallinas comiendo saltó y se reunió con ellas de nuevo. Sin desanimarse, al día siguiente, el naturalista llevó al águila al tejado de la casa y le dijo: «eres un águila. Abre las alas y vuela». Pero el águila tenía miedo y saltó una vez más en busca de la comida de los pollos. El naturalista se levantó temprano el tercer día, sacó al águila del corral y la llevó a una montaña. Una vez allí, alzó al rey de las aves y le dijo: «eres un águila y perteneces tanto al cielo como a la tierra. Abre las alas y vuela». El águila miró alrededor, hacia el corral y arriba, hacia el cielo. Pero siguió sin volar. Entonces el naturalista la levantó directamente hacia el sol; el águila empezó a temblar, a abrir lentamente sus alas, y finalmente, con un grito triunfante, voló alejándose en el cielo. Es posible que el águila

recuerde todavía los pollos con nostalgia y que, de cuando en cuando, vuelva a visitar el corral, nunca a vivir como un pollo.

¿Hasta dónde llegar? Una golondrina llegó tarde a la cita otoñal, pues sus hermanas ya habían partido, no quedándole otro remedio que volar sola. Cuando estaba agotada divisó otra golondrina que planeaba a ras de mar en su misma dirección, lo que le dio fuerzas para remontar el vuelo. Cada vez que se sentía desfallecer miraba a la golondrina compañera, y de esa manera volaba con más fuerza. Llegada la noche, ésta desapareció, pero la meta ya estaba cerca: era la propia sombra proyectada sobre el agua del mar.

Sí, los árboles que crecen en lugares sombreados y libres de vientos, aun cuando en su exterior se desarrollan con aspecto próspero, se convierten por dentro en débiles y fofos, y fácilmente se quiebran o los hiere cualquier cosa; en tanto que los árboles que viven en la cumbre de las montañas más altas, agitadas por muchos y fuertes vientos y expuestos a la intemperie y a todas las inclemencias, golpeados por fortísimas tempestades y cubiertos con frecuentes nevadas, se hacen más robustos que el hierro. En vacío y sequedad han de probarse los fuertes frente a lo malo.



### **III. ALEGRÍA**

#### **1. Alegres y felices**

Se habló mucho del miedo a la libertad, pero ¿no existe un miedo a la alegría? En las épocas de tinieblas, como en ciertos momentos de la vida de cada uno, la peor tentación es la de renunciar a la alegría profunda. Existen cabezas similares a una botella llena que se rodea de un trapo húmedo y se expone al sol: el trapo se pone ardiente, el interior de la botella permanece helado. Creen que la felicidad está en el placer, y el resultado son vidas inmaduras, pues en cada placer hay posibilidad de dolor; además, no cualquier placer da la felicidad (locos, enfermos y depravados sienten placer podrido). La felicidad consiste en la elección correcta del placer y del dolor: al elegir una vida adecuada al ganado devenimos rebaño.

El placer, sin ser objeto de búsqueda, resulta o se deriva de un modo de ser y de vivir, que es el que hay que lograr. El placer elevado a principio cierra el camino al desarrollo personal. La felicidad es la meta, pero a veces el sufrimiento puede ser el camino; es el premio no buscado para quien realiza el valor que cree que tiene que realizar; es la indicadora de que la persona ha encontrado la respuesta al problema de la existencia humana, la realización productiva de sus potencialidades, y por eso al gastar su energía acrecienta su poder. Lo opuesto a la felicidad no es el pesar o el dolor, sino la depresión que resulta de la esterilidad interior. El placer no es la medida de la felicidad, sino su conse-

cuencia; la felicidad es un regalo para la persona que cultiva su vida de una forma felicitaría, por eso, aunque el regalo no llegue, la persona es feliz, e incluso puede serlo en el sufrimiento. La felicidad está en el fuero interno.

Preferible sería no sufrir, lo contrario sería masoquismo, pero cabe sufrir por la causa asumida y a la vez vivir feliz, igual que se puede ser acumulador de placeres y esclavo infeliz respecto de ellos. El reconocimiento del difícil logro de la felicidad exigente no debe inducir a la tristeza, ni a la búsqueda de una alegría barata, impropia del hombre. Existen en todo humano más cosas dignas de admiración que de menosprecio, todo puede mejorar con una mirada propositiva. La felicidad no es sólo un lugar a donde vamos, sino también el modo de ir; el camino, el caminante y la meta están vinculados. Vamos a ilustrarlo.

## **2. Parábolas de alegría**

### *2.1. Parábola de los viajeros*

Un día decidieron ir a buscar entre las montañas la famosa fuente de la felicidad. El que bebía de ella se sentía plenamente feliz. Estaba lejos y el camino era difícil y empinado, pero ellos eran valientes y aventureros. Andaban, descansaban y pasaban las noches en tiendas de campaña. Estaban muy cansados, el camino transcurría entre zarzas, se caían y se hacían rasguños, pero seguían adelante. Algunos no quisieron seguir, pero los más fuertes habían decidido encontrarla.

Llegaron a un camino sin huellas, casi nadie había pasado por allí; aunque dudando y perdiéndose, seguían empeñados en su meta. Por fin ¡la fuente! El agua es fresca, pero es agua como las demás; sin embargo, se sienten felices y comentan: lo que nos da felicidad es el esfuerzo.

## *2.2. Parábola del prisionero del campo de concentración*

En un campo de concentración vivía un prisionero que, pese a estar sentenciado a muerte, estaba alegre. Un día apareció en la explanada tocando su guitarra, y una gran multitud se arremolinó en torno a él para escuchar porque, bajo el hechizo de la música, los que le oían se veían, como él, libres de miedo. Cuando las autoridades de la prisión lo vieron, le prohibieron volver a tocar. Pero al día siguiente allí estaba de nuevo, cantando y tocando su guitarra, rodeado de una multitud. Los guardianes le cortaron los dedos, pero él, una vez más, se puso a cantar su música con las manos cortadas. Esta vez la gente aplaudía entusiasmada. Los guardianes volvieron a llevárselo a rastras y detrozaron su guitarra.

Sin embargo, al otro día, de nuevo estaba cantando con toda su alma. ¡Y qué forma tan pura y tan inspirada de cantar! Toda la gente se puso a corearle y, mientras duró el cántico, sus corazones se hicieron tan puros como el suyo, y sus espíritus igualmente invencibles. Los guardianes estaban tan enojados que le arrancaron la lengua. Sobre el campo de concentración cayó un espeso silencio, algo indefinible; por fin, para asombro de todos, al día siguiente estaba allí de nuevo el cantor,

lleno de alegría, balanceándose y danzando a los sonos de una silenciosa música que sólo él podía oír. Y al poco tiempo todo el mundo estaba alzando sus manos y danzando en torno a su sangrante y destrozada figura, mientras los guardianes se habían quedado inmobilizados y no salían de su estupor.

### *2.3. Parábola del maestro Figueredo*

A la mañana siguiente pasaron por allí unos arrieros y encontraron al maestro Figueredo cubierto de moretones y de sangre. Estaba vivo, pero en muy mal estado. Casi no podía hablar. Hizo un increíble esfuerzo y llegó a balbucir con unos labios entumecidos e hinchados: 'me robaron las muías'. Volvió a hundirse en un silencio que dolía y, tras una larga pausa, logró empujar hacia sus labios destrozados una nueva queja: 'me robaron el arpa'. Al rato, y cuando parecía que ya no iba a decir nada más, empezó a reír. Era una risa profunda y fresca que inexplicablemente salía de ese rostro desollado. Y, en medio de la risa, el maestro Figueredo logró decir: ¡pero no me robaron la música! (E. Galeano).

### *2.4. Parábola del pordiosero soñador*

Hace ya tiempo se demostró que un pordiosero que soñara todos los días, durante doce horas, que es rey, sería tan feliz como un rey que todos los días soñara, durante doce horas, que era un pordiosero. Cuando un prisionero se echa a dormir, ya no hay cadenas ni cerrojos que lo retengan; cada noche, inmóvil, al parecer, en su catre, se dedica a asaltar nuevos bancos,



abraza a su novia, abofetea al carcelero. Su felicidad es real, porque el sueño es una de las dimensiones de la vida.

### *2.5. Parábola de la biblioteca del castillo*

La felicidad se encuentra en una Isla -en un lugar alejado y de reducidas dimensiones-, adonde sólo tienen acceso los hombres de letras y de espíritu sosegado. En la Isla hay un castillo roquero. En el castillo hay una gran estancia con una biblioteca muy nutrida. En la biblioteca hay, entre miles de libros, un libro. En este libro, que consta de mil páginas, hay una página. En dicha página se explica, muy documentadamente, en qué consiste la felicidad. Desde luego, tenemos la vehemente sospecha de que en tal página, encontrada por fin en las postrimerías de la vida, se nos dirá que la vida feliz es justamente esa que nosotros hemos vivido, devorando páginas y más páginas, consultando libros y más libros, empeñados en la dulce y ardua conquista de la verdad. La felicidad consiste en la búsqueda y hallazgo de la verdad. (Cabodevilla).

### *2.6. Parábola de Simorgh*

Simorgh es el nombre del fabuloso rey de los pájaros, que ejercía una seducción infinita entre los pájaros persas, los cuales se hallaban a la sazón hastiados de su anarquía y orfandad, ansiosos de un jefe que les diera coherencia y prestigio, que supiera proponerles un porvenir radiante. Un día se deciden por fin a buscarlo, e ir tras él. Y emprenden la marcha hacia el monte Alburz, en cuya cumbre se dice (revelación que ha

pasado de padres a hijos a lo largo de los milenios) que anida el gran pájaro Simorgh. El viaje es largo y penoso y lleno de peligros. Han de cruzar siete mares, han de atravesar siete cordilleras altísimas. Muchos desertan, muchos sucumben. Al final, de la inmensa muchedumbre de pájaros que emprendieron el viaje, sólo quedan treinta cuando llegan a posarse sobre la cima del Alburz. No hay nadie. Pero allí les espera la maravillosa revelación: *si-morgh* quiere decir treinta pájaros (Cabodevilla).

## IV. AMOR

### 1. ¿Razones del corazón?

La alegría más grande es amar y ser amado. Ahora bien, lo más hermoso es indemostrable, el amor se muestra humildemente pero no se demuestra; se compromete a conocer, pero una vez conocido es la culminación del conocer. Comienza sin razones, éstas vienen después, pero cuando el amor se ha encendido no necesita razones: el corazón tiene sus razones que la razón no conoce, se fabrica razones para justificar su amor y romper la coraza misma. Ni espacio, ni tiempo, ni medida tiene, porque la medida del amor es el amor mismo, a la vez causa eficiente y causa final del amor, causa de sus propias causas. Sobran razones para amar, basta con amar por causa del amor, a él mismo por él mismo: amo porque amo, amo para amar. El amor es poesía (*poíesis*), fabricación de su propio mito, dialéctica embellecedora que torna las objeciones en argumentos favorables a su propia causa, transfigurando el «a pesar de» en «porque». Todo es obstáculo cuando no se ama, y todo es razón cuando se ama. Lo primero en él es el olvido de sí: un yo que tiene su yo fuera de sí.

Sin amor:

La justicia te hace duro.

La inteligencia te hace cruel.

La amabilidad te hace hipócrita.

La fe te hace fanático.

El deber te hace malhumorado.

La cultura te hace distante.  
El orden te hace complicado.  
La agudeza te hace agresivo.  
El honor te hace arrogante.  
La amistad te hace interesado.  
El poseer te hace extraño.  
La responsabilidad te hace implacable.  
El trabajo te hace esclavo.  
La ambición te hace injusto.

## **2. Ser amigos: estar seguro de que vendrás**

Amigos son aquellos seres que te conocen y sin embargo te quieren, los que te preguntan cómo estás y esperar a oír la respuesta, los que no esperan a que les llames, pues llegan mucho antes para auxiliarte porque desde el primer momento estuvieron atentos a lo que precisabas, los que te abren sus puertas cuando llegas con tus muletas. ¿Cómo enfatizar el valor excelso de la amistad si no es recordando que no hay amor más grande que dar la vida por los amigos? «Mi amigo no ha regresado del campo de batalla, señor. Solicito permiso para salir a buscarlo». «Permiso denegado», replica el oficial; no quiero que arriesgue usted su vida por un hombre que probablemente habrá muerto. El soldado, haciendo caso omiso de la prohibición, sale; una hora más tarde regresa mortalmente herido transportando el cadáver de su amigo. El oficial le grita furioso. «¡Ya le dije yo que había muerto! ¡Ahora he perdido a dos hombres! Dígame, ¿merecía la pena salir allá para traer un cadáver?» «¡Claro que sí, señor! Cuando lo encon-

tré todavía vivía y pudo decirme: Jack, estaba seguro de que vendrías».

Harás más amigos en dos meses interesándote por los otros, que en dos años tratando de interesarles en ti.

### **3. Cuidar al hijo disminuido: Vicentito**

Vicentito es mi primo hermano, aproximadamente de mi edad, y no conoce a nadie; babea permanentemente; padece ataques y convulsiones periódicas; ni siquiera sabe regular sus esfínteres. ¿Alguna habilidad? Da vueltas y vueltas día y noche en torno a una estufa sin tropezar con ella. Su madre, llena de abnegación para con Vicentito, ha muerto. Su padre, todavía su cuidador de día y de noche, dice: «Siento morir-me antes que Vicentito, porque luego ¿quién le cuidará como merece?».

Vicentito podría ser considerado por algunos como un ser inferior a otros animales más inteligentes. Sin embargo, desde el amor que le profesa su padre, es la persona más digna, más «persona» del universo. ¿Por qué? Porque le ama totalmente. He aquí una verdad básica en la vida humana: quien nos ama nos reconoce como personas, seamos quien seamos y estemos como estemos. El amor dignifica y rescata del olvido y de la muerte, reconstruye lo deficiente, asume la deuda, enjuga el llanto, y por eso quien es amado renace. Da más fuerza sentirse amado que creerse fuerte. Así de sencillo, pero así de verdadero es el amor.

#### **4. Recibir al hijo pródigo**

«Dijo: 'Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: 'Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde'. Y él les repartió la herencia. Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino.

Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Y entrando en sí mismo, dijo: '¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de los jornaleros'. Y, levantándose, partió hacia su padre. Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: 'Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo'. Pero el padre dijo a sus siervos: 'Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado'. Y comenzaron la fiesta.

Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y lia-

mando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Él le dijo. 'Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque lo ha recobrado sano'. Él se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba. Pero él replicó a su padre: 'Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!'.

Pero él le dijo: 'Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado'. En el incomparable cuadro de Rembrand «El regreso del hijo pródigo», sobre el que a su vez se ha escrito un hermosísimo libro de idéntico título, un hijo destrozado que vuelve a casa harapiento es abrazado por un padre anciano que a su vez parece fundirse con su hijo, como si quisiera acogerse en el acogido; y, mientras el regazo del padre y la espalda del hijo se incurvan recíprocamente, unas manos llenan el cuadro, son las del padre sobre la espalda de su hijo: una de padre, otra de madre, manos padre-y-madre que aceptan incondicionalmente al hijo. ¡Cómo se adelantó la mirada creadora de Rembrand al mundo con ese cuadro! Sólo el artista convierte en gracia lo que el pensamiento especulativo trabaja penosamente: que sólo la mirada padre-y-madre puede transmutar ciertos espectáculos.

## **5. Una fuerza milagrosa que llega hasta los confines de la Tierra**

### *5.7. Quiero que tú existas*

Tomo conciencia de mi valor a través de la relación contigo, y de modo especial cuando me amas. Amor de enamorados: ¿qué no se habrá dicho de Romeo y Julieta, de los amantes de Teruel, etc? Amar es lo que hace ser, su fuerza resulta tan contundente, que florecemos al sentirnos queridos. Fuente creadora, amar a otro es decirle: tú no morirás. Amar es querer tu bien, el yo que quiere quiere ante todo la existencia del tú, amar es aprobar, darte por bueno, ponerme ante ti y proclamar: yo quiero que existas. Es asentir positivamente, conceder de buen grado, la afirmación de un deseo realizado. Lo que para un ser significa ser amado es precisamente esto: ser. «Es bueno que tú existas» implica desear unirse a la persona amada, a lo que hace, a su proyecto en tanto que éste sea amable, o a la mejora de su proyecto en tanto éste todavía no sea suficientemente hermoso. Puede amarse a la persona, pero no a su proyecto, y entonces ese amor a la persona buscará la mejora del proyecto, o su plenificación. Amar es alegrarse de la felicidad del otro, de su perfección, de su bien, o, si el otro no es bueno, ayudarlo a que lo sea para así en ello llegar a deleitarse, a reunirse e identificarse con el ser amado. Amor, dos impulsos un solo latido.

### *5.2. Quiero tu querer*

¿Qué mejor forma de identificarse con la alegría del ser amado que la de querer el querer con el querer



quiere? Yo-y-tú, dos personas juntas en una sola primera-segunda persona, dos siamesas que respiran con la misma respiración y quieren con una única voluntad; mi alegría no es ya una reflexión sobre la tuya, ni una derivación de la tuya, ni una alegría en segunda potencia; es una alegría contemporánea, igualmente inicial y terminal, porque brota de una misma fuente. «Quiero tu querer» no significa «quiero como tú quieres», ni lo mismo que tú quieres, sino que es tu voluntad la que quiero en mí y en mí actúa: ambos formamos uno. La desapropiación de lo propio permite propiamente la apropiación de lo propiamente nuestro. Ponerme en tu piel no es abandonar la mía: es tu alegría la que se alegra en mí intensificando la mía, tu tristeza la que se entristece en mí; yo espero con tu esperanza y temo con tu temor. Si la compasión dice «sufro cuando tú sufres», y la condolencia «sufro de lo que tú sufres», el amor reza: «sufro tu sufrimiento». ¿Qué diferencia habría entre el amante amado y el amado amante? Tácita convergencia de dos miradas que brillan en el cruce recíproco, mirándose a sí mismas miran lo mismo.

«Yo no miro donde miras:  
yo te estoy viendo mirar»

### *5.3. El amado es eminente por ser amado*

Mas ¿qué ocurriría si las que aman fuesen almas mediocres, egoístas? Desde su parva precariedad, el amor puede ascender. Nada que no fuera él podría lograrlo; sólo el amor que se profesan podría sacarlas del egoísmo y -si en verdad aman de verdad- expandir

su energía regalándola al cosmos, pues es el amor verdadero el que hace cantar a los pájaros y torna locuaces a los ruiseñores. El amor es un canto de pájaro en el cielo.

Cuando se ama no hay fingimiento ni doblez, ni temor, ya que es la aceptación misma; ni ocultación ni engreimiento caben, pues la alabanza de quien ama no es el pago por el reconocimiento de la excelencia del amado, (exista o no), sino su constitución en excelente precisamente por haber sido amada. Si el amado no es tonto ni engreído (aunque pueda ser amado pese a todo y pese a todos), sabrá que no es tan maravilloso como le ven los ojos de quien le ama, pues le bastará con ser amado. El amado es eminente por ser amado, y no por ser eminente, pues la eminencia de todas las eminencias es el amor mismo. Más aún, sólo después de amado podrá el amado llegar a ser eximio, pues el amor logra el milagro de dignificar al indigno dándole alas para alcanzar las cimas jamás sospechadas, y de este modo merecer un poco -nunca del todo- la estimación otorgada. Entonces es cuando sabe por primera vez que podría ser toda esa maravilla que le dicen, si consiguiese hacer realidad en su propia persona ese ilusionado y oculto diseño de sublimidad que el amante ha sabido descubrir con su amorosa mirada. He ahí el poder constructivo del amor, un fuego que todo lo purifica, eleva y transforma. No será jamás el desamor, la hostilización o el desafecto lo que puede hacernos mejores, sino la dilección, la acogida y el don incondicional del cariño. La puerta que no sea capaz de abrir el cariño no la abrirá nunca nada ni nadie. Nunca. Nada. Nadie.

#### 5.4. *¡Qué maravilloso es el mundo!*

Quien ama acoge al otro, se alegra de que exista, aunque deba corregir sus vicios, pues dar por bueno lo malo de la persona amada sería dar por malo lo bueno, no amarle suficientemente; más que amor, complicidad. El verdadero amor no se presta a dejar a la persona amada en el engaño ni en el error. Relaciones que se basan sobre la admiración miope de los errores tarde o temprano decaen, igual que aquellas otras que únicamente se construyen sobre una recíproca admiración de las cualidades.

Amar a la otra persona no sólo la embellece a ella, sino a las demás. Aunque no todas las personas sean dignas de amor por su comportamiento, el amor a una dignifica a todas. El pesimista respecto de todos lo es porque no ama a nadie; basta con amar a uno para que mejore la opinión respecto de todos, y por eso cuando Beatriz aparecía ante los ojos de Dante «no había ya enemigos en mi vida», toda pasión enmudecía en su presencia. Por extensión, al amar a una persona se ama a la entera creación: «¡qué maravilloso es el mundo!». El mundo visto por los ojos del amante es el mejor de los mundos posibles: el amor al amado ennoblece al cosmos, y por eso mueve al sol, a la luna, a las estrellas, vuelve interesante lo que aburría, salazona lo desabrido, salva lo perdido, da relieve a lo que yacía en la indiferencia, llena de esperanza. Nada hay indiferente en el amor; se goza con una nadería (nada más interesante que la conversación de dos amantes que permanecen callados) y se sufre con menos todavía. Su fuerza y su debilidad son la causa de sus ilusiones y de

sus decepciones. Lo inexplicable del amor es que uno quiera perderse por el otro y que, perdiéndose, ambos salgan ganando.

### 5.5. *Por ser tú*

El amado es eminente por ser amado, y no a la inversa. La fórmula del amor no es «te quiero porque eres así», ni tampoco «te quiero mientras seas así», pues no pone condiciones, y cuantas más pone tanto más dista de ser verdadero. Lo no amado como fin en sí no se ama. No se ama por amor al amor, sino por amor a la persona amada. Si ésta fuese amada por otros motivos que por ella misma, no sería amor: te ama menos quien contigo ama otra cosa, quien no te ama por lo que tú eres. Nadie se resigna a ser amado por su poder, por sus relaciones o por su fortuna, pues si se nos ama por el dinero no se nos ama por nosotros mismos; un átomo de interés ajeno al amor hiere este sentimiento apasionado, delicado y susceptible que reivindica la preferencia absoluta. El amor no es selección entre cualidades, sino elección de personas. El amante elige la persona entera, la acepta en bloque, con sus cualidades y defectos, con los defectos convertidos en cualidades por cristalización imaginativa, pues queda comprometido en cuerpo y alma en su amor. La pregunta no es: «¿la encuentras simpática, hábil y atenta?», sino: «¿puedes decir honradamente: qué maravilloso que estés sobre el mundo?». El amor alcanza su madurez cuando no se dirige a lo que el otro logra suscitar en mí, sino a lo que él es no tanto por las cualidades que tiene y puede perder, o que otros poseen en

igual o en más eminente grado, sino por el misterio que él mismo es y por el destino de plenitud de ser y de bien hacia el cual se es atraído al mismo tiempo que él; si las pasiones subjetivas no corresponden a esa plenitud, no es posible construir un amor real, pues la vida en común es mucho más que la unión de dos egoísmos.

5.6. *¡Qué triste que se haya ido, qué bueno que haya venido a mí!*

¿Y qué pasa cuando lo agraciado se desgracia, lo que fue bueno no lo es, cuando lo que nos hizo felices muere? Hay que sanar la pena con el recuerdo agradecido de lo que se perdió, y con la certeza de que es imposible revocar lo efectivamente sucedido. Bella fórmula de elaboración del duelo: aceptar lo que es, llorar por lo que fue, y continuar amándolo en el agradecido recuerdo de lo que ha sido, es decir, alegrándonos, dulcificando mediante el recuerdo la rememoración de los días hermosos. Amputación y aceptación, desgarrar y deleite, desasosiego y pacificación, eso es la vida tejida con hilo de amor: ¡Qué triste que se haya ido, qué bueno que haya venido!.

Dignificar la vulnerabilidad: ¿y el dolor, el temor a perder a quien se ama, acaso no existe una indefensión radical en quien ama, en la medida en que depende de que el amado no le retire su gracia, amar no es sufrir? Sí, desde luego; pero también reconocerse agraciado por el don gratuito del otro. Nada valioso es fácil. Cabe amor sin dolor y sin amargura; en cambio, no puede darse amor sin alegría. Hasta el amante desgraciado es más feliz que el que no puede amar. El primero no se

cambiaría por el segundo, no sólo porque en el propio acto de amar se tiene algo amado, sino también porque el que ama sigue participando en las cosas de ese ser que se le aparta con ingratitud, que se arrastra por sendas tortuosas y que lo llena de dolor; porque el amante sigue estando unido a él de alguna forma; porque hasta el amor desgraciado puede quebrar el principio de la separación y por tanto conserva un motivo real de alegría y un trozo, por pequeño que sea, del paraíso.

## V. CONFIANZA

### 1. Con-fianza: encuentro con-fidente

Las personas recluidas en los manicomios nunca tuvieron a nadie dispuesto a escuchar las confidencias que tenían que contar: ¿estarían enfermos por eso? Con-fidencia o con-fianza no es, sin más, comunicar un secreto; es preciso que confiante y confidente convivan lo confiado mío-y-tuyo. La con-fianza dice «nosotros», está hecha para el plural singularizador; dos miradas pierden su posesividad para ganarse recíprocamente. El con-fidente o con-fiante siente conmigo lo confi(denci)ado, no sólo ni necesariamente a través de palabras; allí donde éstas no llegan pueden llegar los silencios, las lágrimas, los gestos cordiales; con ellos puede darse la fusión de horizontes.

En esta privilegiada experiencia de encuentro no hay contrato, sino alianza: en la comunicación al nivel del ser puede la confianza perfeccionarse hasta alcanzar la reciprocidad. ¿Cabe mayor garantía que la de no necesitar de ninguna otra garantía que la confianza? Amigos, con-fiamos, nos tenemos fe recíproca, sin fisuras, transparente, sin engaño, con ayuda mutua y benevolencia activa. Quiero el bien para mi amigo y por eso le enriquezco; al mismo tiempo cuento con él, sé que hay alguien que se ocupa de mí y busca mi bien, no mis bienes. Al final de la amistad hay un momento de esperanza: compartiendo don y confianza, suscítase ante nosotros un futuro en libertad y en gratuidad. La fidelidad confidente y confiante es virtud capaz de tro-

car la esclavitud en libertad, en tanto que la infidelidad sólo hace de la libertad esclavitud.

## **2. Algunas parábolas**

### *2.1. Parábola de los tres grados de confianza*

Según Algacel, tres son los grados de confianza, el primero de los cuales permite al creyente abandonarse a Dios como un acusado se confía a la rectitud, energía, elocuencia y solicitud de su abogado. Si estás convencido de que no existe nada superior al Poder, Ciencia, Providencia y Misericordia de Dios sobre ti, necesariamente tu corazón se abandonará a Él.

El segundo grado es mayor, se asemeja a la actitud del niño pequeño respecto a su madre: se refugia únicamente en ella; desde que la ve se cuelga de ella y cualquiera que sea la circunstancia se agarra a su vestido y no la suelta. Si sufre algún mal en ausencia de su madre, la primera palabra que le viene a los labios es «mamá». Ella constituye su refugio. Un niño muy pequeño pregunta: «¿A dónde vas, mami? «A ningún lado» «Voy contigo, ¿sí?»».

El tercer grado, dice Algacel, es «con mucho el más elevado de todos, consiste en estar entre las manos del Dios Altísimo como el cadáver entre las manos del lavador de muertos. Sábete que este tercer grado suprime toda iniciativa personal».

### *2.2. Parábola del jardinero*

Cierto día llegan dos exploradores a un rincón de la selva donde crecen armónicas flores y hierbas. El uno



afirma: este orden significa que aquí tiene que haber un jardinero que al menos cuide de este rincón. Como el otro lo niega, para saber a qué atenerse montan guardia día y noche. Pasa el tiempo, pero el jardinero no aparece. Entonces el primero insinúa que el jardinero es invisible pero existente. A fin de comprobarlo alzan una alambrada espinosa, encomendando a la par la búsqueda olfativa a perros amaestrados. Todo en vano, nada denota la presencia del presunto jardinero, ningún grito, ningún movimiento, ningún susurro, nada; los perros, por su parte, guardan silencio. No dándose por vencido, el primero concluye: se trata de un jardinero invisible, intangible, indetectable, custodio secreto de su jardín. Moraleja: la confianza no crea evidencia, pero deja abierta la posibilidad; la desconfianza sistemática produce campos fóbicos.

### *2.3. Parábola de los astronautas*

Mucho depende de la forma de mirar, que también dividió a los pioneros astronautas rusos y americanos en su primera salida al espacio. Mientras los primeros voceaban con Gagarín: «vamos, Dios, sal si estás ahí en ese espacio cósmico», los segundos abrieron el libro del Génesis y, extasiados por la contemplación, leyeron: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era algo caótico y vacío, y tinieblas cubrían la superficie del abismo, mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas». Moraleja: quien confía ensancha la realidad; quien desconfía, la estrecha.

### *2.4. Parábola del luchador de la resistencia*

Durante la ocupación militar de su país, un partisano conoce a un extranjero que le impresiona profunda-

mente. Tras largas horas de conversación, el extranjero le pide que confíe en que él también es resistente. Sin volver a charlar más, y aunque el extranjero es visto posteriormente ayudando a miembros de la ocupación, el partisano continúa impertérrito: «el extranjero está de nuestro lado». En ocasiones sus compañeros le increpan: «¿qué necesitas tú para admitir que te ha engañado? Si a eso le llamas tú estar de nuestra parte, sería preferible que el extranjero se pasara cuanto antes al otro bando». Pero el partisano continúa impertérrito: «está de nuestro lado». Moraleja: en el encuentro con el ser auténtico, contra viento y marea la confianza resiste.

### *2.5. Parábola de los dos viajeros*

Uno de los dos viajeros cree que el camino conduce a la ciudad celestial y el otro lo niega; ninguno de ellos se ha embarcado jamás por aquella senda, por lo que ambos ignoran las sorpresas que pueda depararles la fortuna en cada uno de los recodos del trayecto. Éste, pródigo en sucesos, les proporciona una variada gama de situaciones de gozo y dolor pero, mientras que el creyente vive todas las penalidades bajo el signo de la confianza como estímulo, el otro las recibe como incordio y fastidio. Moraleja: para quien confía, mil objeciones no hacen una duda; para quien no, mil pruebas no constituyen la menor certeza.

### *2.6. Parábola de los dos huérfanos*

Dos amigos que crecieron juntos en un hospicio. Cuando salieron de él, decidieron buscar juntos a sus padres, porque un día lejano habían recibido la visita

de un joven que les dijo ser su hermano, y que, por circunstancias que un día podrían comprender, los padres se habían visto obligados a dejarles a ellos (gemelos) en el hospicio. Tras muchos años buscando, uno de los jóvenes duda de que todo aquello pueda conducir a alguna parte, ¿por qué creer aún a aquel visitante que no volvió? Existen ciertos parecidos entre el joven y su compañero, pero hay también notables diferencias, ¿vale la pena buscar así a unos padres que se han portado de modo tan extraño?

Pese a todo, el joven escéptico, aunque muchas veces tentado de dejarlo todo, continúa pues siente una extraña ley de fidelidad y de solidaridad con el compañero más entusiasta, cuya convicción se mantiene aún cuando es cada vez más consciente de que no puede aportar argumentos persuasivos. Alguna vez dice también a su compañero más escéptico, su presunto hermano gemelo: el mismo vínculo de la solidaridad que día a día nos une, a pesar de nuestras diferencias, ¿acaso no es indicio de nuestro origen común? Moraleja: la confianza, mientras dura, invita a la acción y sirve para dinamizar la existencia. (Gómez Caffarena).

### *2.7. Parábola de las huellas sobre la arena*

Caminaba un hombre tan cansado, que sus huellas se hundían profundamente en aquel arenal. Entonces se dirigió así a Dios: «Señor, tú me dijiste una vez que, si decidía seguirte, caminarías siempre conmigo. Sin embargo, durante los momentos de mi vida en que tenía más dificultades y problemas tan sólo había un

par de huellas. No comprendo por qué cuando más te necesitaba más me abandonabas». «Hijo, nunca te he abandonado. En los momentos de angustia y dolor, cuando tú has contemplado tan sólo un par de huellas en la arena, yo te transportaba en mis brazos». Moraleja: la confianza se explica después, pero hay que ejercerla antes para poderla comprender más tarde.

## VI. ESPERANZA

### 1. Hastío contra esperanza

El primer mundo rico se encuentra lleno de desanimados sin causa suficiente para estarlo. Por increíble que parezca, hay gente que se las ingenia para morir la víspera, en lugar de alargar su esperanza. Muchos niegan que haya vida después de la muerte porque no la han sabido vivir antes; la pregunta que habría que hacerles es la de si hay vida en esta vida, pues muchos de ellos arrastran una existencia de zombis con un reloj *rolex* de oro y pulsera de brillantes y con un encendedor *dupont* de alta definición. ¿Cómo hacerles entender que vivir no es volver la cara a la pared, aferrar por los hombros al que esté más cerca, echarse a correr como quien tiene las ropas incendiadas?

La esperanza es el pan de los pobres, pero cuidado: constituiría un buen desayuno, mas no se podría llegar sólo con ella a la cena, si ningún signo la sustentase. Ese signo exige arrimar el hombro: dos que arriman juntos el hombro mantienen mejor la esperanza; quien espera llegar a la meta, camina; al que le desaparece la esperanza se le quiebran las piernas. Fue la energía de la esperanza quien sacó a la humanidad de las cavernas y la puso en marcha; cuando una sociedad pierde la esperanza, muere su futuro. Sólo a causa de los sin esperanza nos es dada la esperanza, de ahí la importancia que para nosotros mismos tiene ser fuente de esperanza para otros. Esto es muy importante, pues normalmente la esperanza nos la otorgan otros. El

hombre siempre vive de crédito, del crédito que le conceden los demás; se mata a una persona «retirándola el crédito», no esperando ya nada de ella, no concibiendo para ella ningún futuro. Pensemos en todos esos matrimonios acostumbrados que están sentados uno enfrente de otro pero ni se miran ni se escuchan. ¡Se han visto ya tanto! Cuando uno empieza a hablar, el otro piensa por dentro: ¡A ver qué tontería dirá ahora!. Se hacen así -cruel oficio- asesinos de posibilidades; sépanlo o no, se están quitando la vida recíprocamente. Por muy abatida que se encuentre una persona, si descubre que no está sola, que hay alguien que la quiere, confía en ella, y seguirá haciéndolo pase lo que pase, despuntará la esperanza a su corazón.

Muchas personas que sufren un grave problema se encuentran hundidas y desesperanzadas porque ven toda su existencia a la luz de ese problema, pero podrían recuperar la esperanza si hay alguien que se interesa no solamente por ese problema, sino por el conjunto de su vida. No se trata de quitar importancia al problema que padecen, si tiene importancia hay que dársela; se trata más bien de invertir la perspectiva: no ver toda la vida a la luz de ese problema, sino de ver el problema a la luz del conjunto de su vida, descubrir los diversos signos de resurrección que existen bajo las apariencias de muerte. Lo importante es que el hombre interior no se desmorone.

## **2. Esperar es dar crédito a la realidad**

La esperanza abre futuro manteniendo al espíritu despierto y ágil para leer los signos de los tiempos, y

por eso ella es «memoria del futuro», tiempo abierto, tiempo salvador, «arma de los desarmados», tensión paciente (la paciencia da tiempo a lo real y es prima hermana de la esperanza), incondicionada. En la medida en que yo condicionara mi esperanza abriría las puertas a la angustia, pues la frustración traería consigo la decepción y la desesperación, el tiempo clausurado.

Este permanente y abierto esperar es ya por ello mismo un colaborar con la creación manteniendo en el orden del ser aquello que se espera. Esperar es dar crédito al universo, dar crédito a la realidad, confiar en que ésta puede restaurar la integridad de un orden viviente en nosotros, en ti y en mí. No es, pues, la esperanza un mero sentimiento psicológico, no pertenece únicamente al orden del sentir, sino al del ser. Por la esperanza afirmo mi relación de fidelidad con la realidad, dando el sí confiado a la creación (la esperanza también es prima hermana de la confianza) porque ella se nos muestra acreditada de sentido. El crédito que la esperanza concede a la realidad salta por encima de lo visible. En su raíz, esperar es saltar con los ojos abiertos (porque ese salto nunca puede ser seguro) desde el presente concreto hasta el último fondo de la realidad, porque a pesar de todas nuestras inseguridades confiamos en su fundamentalidad. Por referirse al ser, y no al tener, la esperanza es misterio.

### **3. Espero en ti**

Puesto que en sí misma posee una estructura elpídica, la vida convertirá la fianza en confianza y en espe-

ran/a. La confianza, el asentimiento personal al juicio acerca de la posibilidad de lo esperado, eleva la espera a la esperanza. Cuando «creo» que me es posible lo que mi espera vital desea, esa creencia es mi confianza. Confiado es quien, sin mengua de las cautelas a que su buen sentido le conduce, acepta la pretensión de seguir siendo que late en el fondo de su ser. Confianza es descanso en aquello en que se confía; pero una confianza meramente pasiva antes corresponde a una forma de presunción que a la verdadera esperanza: la confianza del esperanzado exige de éste actividad, proyectos tan altos y arriesgados como la razón y la prudencia consientan, y la resuelta ejecución de lo proyectado en ellos.

La esperanza es también plegaria, pues el esperanzado es un caminante que vive el riesgo del desesperanzar. En el que espera distingue Gabriel Marcel la *cautividad* o sentimiento de imposibilidad de acceder a la plenitud (por paradoja, cuanto menos se siente la vida como cautividad, tanto menos logra el alma ver la luz de la esperanza) y la *comunidad*: quien espera no sólo dice «yo espero», sino además «espero en ti y para nosotros», pues la esperanza atañe al yo que espera del-tú-y-con-el-tú. Con-fiando, la esperanza vive si un hombre espera en otro. Sólo porque un adulto confía en él, desarrolla el niño sus potencialidades. Porque otro ser humano está a nuestro lado soportamos las más terribles pruebas, las peores perspectivas; asimismo, porque sabe que su vida cuenta para la mirada amante de algunos seres al menos, el viejo acepta el tiempo.

El otro necesita saber que no desesperamos de él; si un niño es incapaz de ver el futuro con optimismo, se



produce una interrupción inmediata del desarrollo. Los niños sufren autismo como consecuencia de su completa incapacidad para imaginar mejora alguna. Una niña, tras un periodo prolongado de terapia, surgió finalmente de su total autismo y expresó lo que para ella caracterizaba a los padres buenos: «esperan algo de ti». Sus padres se habían portado mal porque ninguno había sido capaz de tener esperanza ni de transmitírsela a ella en cuanto a sí misma y a su vida futura en este mundo. Todo padre que se preocupe por el estado de ánimo de su hijo sabrá decirle que algún día todo le irá mejor.

Dejamos de tener razón cuando ya no la esperamos en los demás. Hogar es la casa donde uno es esperado. Si somos esperanza, si la esperanza es el tejido del alma, entonces desconfiar (y más aún desesperar) de un ser es negarlo en tanto que tal, tenerlo muerto para nosotros. En suma, fidelidad, generosidad y esperanza se implican: amar a un ser es esperar de él algo indefinible e imprevisible y darle a la vez de algún modo el medio de responder a esta espera.

#### **4. Espero en Ti**

«Un día -escribe Jean Guitton- en que estaba con el más increíble de mis amigos, Jean Rostand, me dijo: 'tienes mucha suerte; tú crees en Dios, por consiguiente puedes no pensar en Dios. Yo, que no creo en Él, estoy obligado a pensar siempre en El'». La esperanza es la respuesta de la criatura al ser infinito al cual tiene la conciencia de deber lo que es y de no poner sin escándalo condición alguna, y ese ser infinito es un Tú

más íntimo que mi propia intimidad: desde el momento en que de algún modo me abismo ante el Tú absoluto que, en su condescendencia infinita, me ha hecho salir de la nada, parece que para siempre me prohíbo desesperar. Él es la última roca sólida.

### **5. Si me voy antes que tú**

Si me voy antes que tú, no me busques entre los muertos, encuéntrame en todas aquellas cosas que no habrían existido si tú y yo no nos hubiésemos conocido. Yo estaré a tu lado en nuestra amistad, en tantas experiencias que supimos compartir, en cuantos pasaron a nuestro lado recibiendo algo de nosotros e incorporando algo nuestro. También nuestros fracasos serán testigos permanentes de que estuvimos vivos, sin ser ángeles sino humanos. No te ates a los recuerdos ni a los objetos, porque dondequiera que hayamos estado, allí habrá algo mío; por la amistad de tantos años, el mundo estará ya para siempre salpicado de nosotros. Lloro si quieres, porque el cuerpo se llena de lágrimas ante todo aquello que es más grande que él, pues cuando la lengua no es capaz de expresar una emoción, ya sólo pueden hablar los ojos. Y vive. Vive creando cada día y más que antes. Porque desde mi otra presencia yo también estaré creando junto a ti, y será precisamente en ese acto donde nos habremos encontrado. Sin entenderlo muy bien. Como los granos de trigo que no entienden que su compañero muerto en el campo haya dado vida a muchos nuevos compañeros. Con esa esperanza dejarás tu huella hasta que tu muerte nos vuelva }

a dar la misma voz, cuando nuestro próximo abrazo sea ya sin ruptura.

## **6. Parábola del supuesto ciego**

Dos hombres enfermos de gravedad compartían la misma habitación del hospital; a uno de ellos, cuya cama estaba al lado de la única ventana de la habitación, se le permitía sentarse durante una hora por la tarde para drenar el líquido de sus pulmones; el otro tenía que permanecer acostado durante todo el día mirando a la pared. Cada tarde, el compañero sentado cerca de la ventana relataba al otro lo que veía a su través: un parque con un lago donde se deslizaban hermosos cisnes y donde los enamorados entrelazaban sus manos mientras paseaban entre árboles y flores multicolores. Allá al fondo, una hermosa vista de la ciudad. Un día era esto, otro día era aquello, y siempre había novedades que relatar, las suficientes para mantener viva la esperanza.

Un día murió el enfermo situado cerca de la ventana, siendo el otro trasladado a la cama del difunto junto a la ventana, mas cuando logró apoyarse sobre un codo para contemplar por sí mismo los paisajes relatados por el añorado compañero no vio sino la oscura pared de un patio interior. Preguntó entonces a la enfermera cómo era posible el cambio del decorado, a lo que aquélla respondió que el señor anterior era ciego, añadiendo en voz baja: «quizá solamente deseaba animarlo a usted».

### **7. Parábola de la lámpara encendida**

«Cuando llegamos a Australia fuimos a visitar a las familias más pobres. Pregunté a un hombre si me dejaba limpiarle la casa, y me dijo: 'no hace falta. Está bien así'. Yo le respondí que estaría mejor si me permitiera limpiarla, así que comencé a limpiar y a lavar sus ropas; luego vi en la habitación una lámpara grande, llena de porquería. Le pregunté: '¿enciende esta bonita lámpara?'. '¿Para qué? Nadie en muchos años había venido a visitarme'. '¿La encendería si las hermanas comenzaran a visitarle?'. 'Sí'. Limpié la lámpara y las hermanas comenzaron a visitarle todas las tardes. Dos años después yo me había olvidado completamente del episodio, pero él me mandó un mensaje: 'dile a mi amiga que la luz que encendió en mi vida brilla aún'»

## VII. HUMILDAD

### 1. No te justifiques

La persona humilde no sufre ansiedad ni enojo si sus valores personales no son exaltados o reconocidos, ni tiende a hacer gala de ellos, por tanto es pacífica y dialogante, abierta alegremente a los demás: en el pretencioso, la necesidad de que se le reconozcan y exalten valores que a veces no tiene le mantiene constantemente inquieto e inseguro, puesto que para él el reconocimiento social es una importante fuente de seguridad. Para la persona segura de sí, el reconocimiento social no es más que una fuente de segundo orden en su autoestimación. De este modo, y contra las apariencias, el modesto suele ser una persona que se autoestima más que el pretencioso, se preocupa menos por lo que lo valoran los demás y basa su autoestima en valores reales. Esto implica independencia y seguridad en su criterio, que le hace menos vulnerable a la carencia de gratificaciones sociales y mantiene su serenidad cuando éstas no le son ofrecidas. Muchos artistas y hombres de ciencia han tenido esas características, que de faltarles les hubieran hundido en un mundo de resentimientos, desconfianza e inactividad, ya que a veces sus méritos no fueron apreciados hasta después de su muerte.

Excusa no pedida respecto del yo, acusación manifiesta; muchas excusas convencen menos que una sola. En los hombres de oración tal convicción es una constante: Abba Evragio dijo: aléjate del apego al renombre

por temor a que tu espíritu deba enfrentarse con ello, perdiendo así tu paz interior. También hoy se sigue recurriendo a la misma mística en lo que se refiere al duro control del yo, por algo será. Esto dice Ignacio Larrañaga: «sé riguroso contigo mismo, mira que el Yo te va a reclamar ahora un bocado de autocompasión. Luego te exigirá un momento de autosatisfacción, más tarde te llorará pidiéndote que lo defiendas, te suplicará que no lo dejes en ridículo, te hablará en nombre de la razón y de la objetividad, te sacará a relucir conceptos elevados como autorrealización u otros. No te dejes ofuscar, mantente frío, sé implacable: no le des satisfacciones a esa fiera hambrienta. Cuanto mejor la alimentes, mayor tiranía ejercerá sobre ti. Si hablan desfavorablemente de ti, no te importe nada, quédate en silencio, no te defiendas, deja que se desangre el amor propio. No te justifiques, dando explicaciones para quedar bien, si tus proyectos no salieron a la medida de tus deseos. Es preferible un poco más de humildad, que un poco más de prestigio. No busques aprobación y elogios en tus actuaciones ni abierta ni disfrazadamente. Si calculas que, presentándose ante ese grupo, te van a felicitar por tu actuación, no vayas. Hay maneras disfrazadas de mendigar elogios: evítalos. Evita hablar de ti mismo o de tus asuntos. No busques disfrazadamente aplausos ni parabienes. Es sobre todo en tu intimidad donde se libra la principal lucha liberadora: rectifica incesantemente las intenciones. No saborees, rumiándolas, las actuaciones felices. En lugar de ello, remite a Dios la gloria de tus realizaciones. En la medida en que Dios es menos para mí, yo soy más en mí, para mí, aumentando el amor propio: vanidad, busque-

da de sí, resentimientos, vacíos afectivos, rivalidades, tristezas, manías de grandeza, necesidad de autocompasión, mendigar consolución. Estamos en el fondo del barranco». Y no transformes esta lucha liberadora en un deporte ascético, sino en seguimiento de las pisadas de Jesús.

## 2. No estés **pendiente de ti**

Humildad es olvido de uno mismo; no es mujeres guapas intentando creer que son feas u hombres inteligentes tratando de convencerse de que son tontos. Humildad es una mujer bella consciente de su belleza, pero a la que no da excesiva importancia y en la que no se recrea, y a la que no utiliza para esclavizar a quienes le rodean, preferentemente del sexo masculino. Tampoco consiste en vivir en plan Narciso, y calificarlo psicológicamente de autoestima. Humildad es considerar, a ser posible no más de un segundo, los propios valores y las propias realizaciones y quedarle luego tan contento como si fueran de otro. Y esto no es una técnica: es objetividad. Porque todo nuestro talento es prestado. Y nadie puede enorgullecerse del preciado automóvil que la generosidad de un amigo nos permite conducir. La humildad es, pues, la verdad, pero ésa es una descripción demasiado bella para ser tenida en cuenta en cada momento de nuestra vida, en la calle, a la hora de ejercitarla. Por eso es más útil la definición anterior: no estar pendiente de uno mismo.

### **3. Grados de humildad**

Al dar a conocer lo que viene a continuación nos arriesgamos a que el lector menos inteligente, desde su actual atalaya, identifique humildad con masoquismo. Confiamos sin embargo en que casi todos nuestros lectores, inteligentes, sabrán ponerse en la intención de lo que aquí se dice, más que en la literalidad de lo dicho.

#### *3.1. Los doce de la Regla de San Benito*

El temor de Dios y el recuerdo de sus mandamientos.

No querer seguir la propia voluntad.

Someterse por la obediencia al superior.

Abrazar pacientemente por la obediencia las cosas ásperas y duras.

Reconocer y confesar los propios defectos.

Creer y confesar ser indigno e inútil para todo.

Creer y confesar ser el más vil y miserable de todos.

En los hechos: someterse en todo a la vida común, evitando las singularidades.

En las palabras: no hablar sin ser preguntado.

Hablar con pocas palabras y en voz humilde, no clamorosa.

En los gestos y ademanes: no ser fácil a la risa necia.

Llevar los ojos bajos.

#### *3.2. Los tres grados de san Bernardo*

1. Humildad suficiente: someterse al mayor y no preferirse al igual.



2. Humildad abundante: someterse al igual y no preferirse al menor.

3. Humildad sobreabundante: someterse al menor.

### 3.3. *Como un cadáver*

Si se engola demasiado la voz al pronunciar la palabra «modestia», atentamos contra ella; es necesario, pues, saber poner al propio yo en su sitio: «Toma un cuerpo sin vida y colócalo donde mejor te pareciere. Verás que no se resiste a ser movido, ni a que le cambien de sitio, ni reclama el que ha dejado. Si es sentado en una cátedra, no mira altanero, sino hacia el suelo; si se lo rodea de púrpura, resalta el doble su palidez. El verdadero obediente es aquél que no juzga por qué se le cambia, ni se preocupa del lugar donde le coloquen, ni insiste en que le trasladen. Si es promovido a algún cargo, insiste en su habitual humildad, y cuanto más es ensalzado, más indigno se reconoce del honor» (Francisco de Asís). «Yo» es una palabra bien pequeña para contener nuestro egoísmo, que es tan grande.



## VIII. JUSTICIA

### 1. Justicia y amor

Según Aristóteles, la justicia es la más perfecta de las virtudes; sin embargo, para la tradición cristiana la más perfecta es el amor, el cual se derrama en justicia: ¿cómo podría haber amor sin obras de equidad y respeto a todos y cada uno? Ahora bien, ¿podría decirse, a la inversa, que la justicia ha de ir impregnada de amor, que la persona justa ha de ser una persona amorosa? No. Si la justicia es una proporción, el amor es una desproporción. Si la justicia está en el espacio, y los juicios son públicos, el amor anida en la conciencia, y el tribunal de sus jueces no pueden actuar desde el exterior. Si la justicia está en el tiempo, pues no se puede aplicar la ley hasta que los actos no se han cometido, el amor es atemporal porque se anticipa a la vida, la mantiene a través de la esperanza, y la restaura con el perdón. El amor pertenece a la «ética de máximos», la justicia a la «ética de mínimos», y su terreno sería el de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: a nadie se le puede obligar a amar, aunque a todos se les deba obligar a no contravenirlos.

La virtud de la justicia, pues, permanece más abajo de la virtud del amor, y a pesar de eso merece los elogios de Aristóteles y los de todos nosotros cuando es verdadera justicia y no mera legalidad (no pocas leyes son injustas y despreciables), ya que la persona realmente justa no puede carecer de sentido de respeto al prójimo. Por debajo, pues, del amor, y por encima de la

injusticia, he aquí la virtud de la justicia. De todos modos, la relación entre justicia y amor no se limita a la de su mera superposición pues, quien hace justicia desde la perspectiva del amor resulta ser mucho más exigente que quien se limita a ejercerla desde la mera legalidad. Se dice que es más fácil ser bueno que ser justo, pero ¿acaso el justo no es bueno, al menos en cuanto que es justo (¡insistamos: justo es una cosa, legal puede ser otra!)? La justicia puede ser considerada como una virtud heroica cuando se vive rodeado de cobardes cacareantes. Un ejemplo: en el caso de los impuestos, votar por un partido cuya intención es aumentarlos puede constituir a los ojos de los medios morales un acto heroico (o al menos extravagante) si el que va a votarle forma parte de la clase desahogada, por ir contra sus propios intereses. No tardará en transigir con el fin quien esté dispuesto a transigir con los medios, y por eso no es raro vender el honor por lograr la fama, preferir barcos sin honra antes que honra sin barcos. La ruindad no es defendida por la razón, sino por la conjura de los ruines, aunque la mala causa empeore con su defensa. Ahora bien, el robo seguiría siendo moralmente malo, aunque se viviese en una sociedad de la sobranza. Hay cleptómanos que evidencian un desorden de su carácter robando incluso lo que no necesitan llevados por un impulso autoafirmativo enferm(iz)o.

## **2. ¿Quién es justo?**

Justo es quien pone su fuerza al servicio del derecho y, decretando en sí mismo la igualdad de todo

hombre, pese a las innúmeras desigualdades de hecho o de talento, instaura un orden sin el cual nada podría satisfacernos. Para ello hay que resistir la injusticia que cada uno lleva en sí mismo, un combate que no tendrá fin: bienaventurados los sedientos de justicia, que nunca serán colmados. He aquí los rasgos del justo.

En primer lugar, ser justo significa reconocer al otro en cuanto otro, es decir, estar dispuesto a respetar cuando no se puede amar. La justicia enseña que hay un otro que no se confunde conmigo, pero que tiene derecho a lo suyo. El individuo justo es tal en la medida en que confirma al otro en su alteridad y procura darle lo que le corresponde. Encuéntrese o no el otro en situación de necesidad o de indigencia, siempre que de su derecho se trate, estoy obligado a darle satisfacción. En sentido contrario, sería reprobable torturar a prisioneros para arrancar de ellos confesiones que evitarían a su vez males y bajo otro punto de vista resultarían provechosas. El fin no justifica los medios.

En segundo lugar, ser justo significa tener una deuda y pagarla, algo común a toda obligación moral, a saber, la vinculación a otra persona de la que por algún concepto soy deudor.

En tercer lugar, no es justo el que respeta la legalidad si es ilegítima. Ahora bien, para poder decir no a la justicia cuando ésta sea ilegítima tenemos que estar por encima de ella: la justicia no nos torna legítimos, son los legítimos los únicos que pueden construir una verdadera justicia.

¿Es eso todo? Eso no sería poco, pero además, y dado que aquí tratamos la justicia como virtud, ésta pide no solamente hacer «lo justo», sino también

hacerlo tal y como lo hace el justo, a saber, con prontitud y agrado. Llegado a este punto Aristóteles escribe: quien tiene tendencia a elegir y a llevar a cabo acciones equitativas y no se ciñe rigurosamente a sus derechos, pero acepta menos de lo que le corresponde pese a tener la ley de su lado, es un hombre equitativo, y esa disposición de ánimo es la equidad. Un hombre puede no ser igual a otro, pero siempre será su semejante. Lo que las leyes no vedan puede vedarlo el pudor; sólo el bueno está dispuesto a hacer más de lo justo.

### **3. Justicia, responsabilidad y veracidad**

A todo esto, ni ser justo, ni genio, ni santo confieren a nadie ningún «derecho» especial, pues la recompensa está en la virtud misma. Por lo demás, el genial Mozart tiene que pagar su pan igual que todo el mundo, y ni siquiera san Francisco de Asís ante un tribunal verdaderamente justo tendría más derechos que cualquier otro.

Si el yo egoísta, centro de todo a costa de todos, resulta incómodo para los demás, ya que éstos se sienten expulsados de su propio terreno, el yo del justo sería el reverso de esa tiranía, porque asume su carga, aunque se trate de una pesada y no le beneficie: vendes una casa después de haber vivido en ella durante años; es indudable que la conoces mejor que cualquier comprador potencial. ¿Hay que decirle que el vecino se embriaga y provoca desórdenes después de la media noche? ¿Que las paredes de la casa son húmedas en invierno? ¿Que las termitas han corroído la madera?

La ley puede prescribirlo o ignorarlo, pero la justicia lo exige siempre. Se dirá que con esas exigencias sería difícil, o poco ventajoso, vender casas. Tal vez. ¿Dónde se ha visto que la justicia sea fácil o ventajosa? ¿Debemos entonces renunciar a nuestros intereses? No. Pero hay que someterse a la justicia, y no a la inversa. ¿Y si no lo hacemos? Entonces, conténtate con ser rico y no intentes además ser justo.

#### **4. La regla de oro del justo**

Lo peor de la justicia es que exige juzgar; cuando un hombre juzga la intención de otro siento un estreñimiento: ni siquiera se podría pronunciar el juicio sobre un hombre cuando se hubiera clavado la tapa de su ataúd. La justicia no debe caer en la tentación de juzgar la intención de las personas, pues nadie conoce a nadie lo suficiente como para juzgar su fuero interior («de las cosas interiores ni siquiera juzga la Iglesia», se decía); el mero hecho de juzgar sus actos ya es muy delicado, aunque sólo sea porque sus acciones exteriores vienen irremisiblemente impregnadas por ese fuero interior que según decíamos nadie conoce: pronto se arrepiente quien juzga apresuradamente. Pobre del que juzgando comete injusticia, pues es peor cometer injusticia que padecerla. A la vista de ello, es preciso que las leyes sean severas con todos, y todos los hombres que las aplican indulgentes: mejor arriesgarse a salvar un culpable que a condenar un inocente.

Por otra parte, si juzgar con justicia es difícil, vivir en la justicia, practicarla, amarla, resulta arduo, pues

quien ve lo justo y no lo practica carece de valor. Además, con frecuencia nos avergonzamos de nosotros mismos al comprobar que vemos lo mejor, pero terminamos haciendo lo peor. Por si fuera poco, quien, pudiendo, no impide una falta, es igual que si ordenase cometerla. Y quien no es justo en su momento puede llegar a no poder serlo después: nada se parece tanto a la injusticia como la justicia tardía.

La regla de oro: ponerse en el lugar del otro, descentrar el egocentrismo, cuesta más de lo que parece. En realidad hay dos clases de hombres: los justos que se creen pecadores, y los pecadores que se creen justos. Con frecuencia creemos estar en una de las dos categorías y estamos en la otra; desde luego, la equidad, el equilibrio en los dos platillos de la balanza no es fácil. En nosotros todo lo excusamos, en los demás casi nada; vender caro, comprar barato. ¡Qué diferente es el corazón del justo, que ya no es suyo al colocarse en el lugar de la humanidad! Ecuanimidad, neutralidad, honradez, justicia: hermosas palabras que el justo no sólo pronuncia con sus labios, sino que las alberga en su corazón y gestiona con su vida diaria. ¿Por qué nos costará tanto activar vitalmente las mejores palabras?

### **5. La generosidad no sustituye a la justicia, pero la mejora**

Debemos ser justos antes que generosos. La justicia corresponde a una ética de mínimos, es decir, debe aplicarse según la razón y la objetividad, sin diferencias; la generosidad es más singular, viene de un cora-



zón más cálido. Los derechos del hombre pueden ser objeto de una declaración, no así la generosidad, que brota del amor, de la compasión, de la alegría de poder hacer algo personal por alguien. La generosidad es una gracia radiante, sobreabundancia de existencia o de dicha, feliz efusión. Tal vez ni siquiera consista en dar, pues no perdemos nada; sólo necesitamos generosidad cuando nos falta amor, y por eso casi siempre la necesitamos.

Generosidad es también tolerancia -hasta el límite de lo posible- dentro de la confrontación de intereses, gustos, etc. Asimismo, generosidad conlleva solidaridad, siempre que recordemos que ser solidario es pertenecer a un conjunto *in solido*, «para el todo». Los deudores son solidarios cuando cada uno responde por la totalidad de la suma adeudada en común, con interdependencia de intereses o destino. Bien se ve que la forma común de referirse a la solidaridad la devalúa al reducirla a un mero sentimiento de simpatía, sin correr con los gastos que su ejercicio comporta. Hay tres formas de solidarizarse o implicarse: con el kikirikí, pero sin poner nada, como tantos gallos de corral; como la modesta gallina, poniendo el huevo, pero sin perder nada de ella misma; como el denostado cerdo, que a la hora de la verdad pone su propio tocino. Para que luego nos llamen cerdos.

#### **6. La justicia que se pierde en la Tierra ¿acaso no merece al menos verse recompensada en el Cielo?**

Ahora bien, ¿no sería justo -ya que de justicia se trata- que aquéllas personas que la han buscado con

generosidad y cuya búsqueda les ha costado cara, no sería justo que al menos quedase abierta para ellas la posibilidad de una Justicia divina en la eternidad?

## **IX. PACIENCIA**

### **1. Virtud humilde, pero básica**

También la paciencia es virtud presente en todas las demás. El combate interior debe ser constante; si lo abandonamos, descubriremos que mientras intentamos eliminar una pasión otra nos invade. Por ejemplo, arrojamos la gula mediante el ayuno, y he aquí que la vanagloria ocupa su lugar. Si descuidamos otorgar al combate interior la atención que le es debida, ningún esfuerzo, por penoso que sea, traerá fruto. El combate interior, unido a la lucha activa, golpea a las pasiones a la vez desde dentro y desde fuera, y así las destruye como a un enemigo rodeándolo por el frente y por la retaguardia. Si se hace caso omiso de eso, todo asceta cae: de un anacoreta indio, que había vivido años enteros alimentándose solamente del rocío que cae del cielo, se cuenta que vino un buen día a la ciudad y que, habiendo degustado el producto de la vid, se hizo un bebedor consumado. Veámoslo con una serie de parábolas.

#### *1.1. Parábola del bon sai*

La paciencia son las estalactitas y estalacmitas de la vida: ellas se van formando muy poco a poco en la oscuridad, se integran gota a gota y de manera irregular, no geométrica, requieren de tiempo, y crecen por arriba y por abajo siendo al fin muy hermosas.

La paciencia es un bon sai: solo tiempo, fe, cuidados y mimos le hacen crecer. No se puede sacar el

arbolito de su maceta para ver si está echando raíces. Necesita la humildad del humus para desarrollarse.

Podemos explicar esta parábola con otra. Es, en efecto, como aquella rana que al saltar cayó en un cubo de crema, pero que chapoteando y chapoteando amaneció sobre una masa de mantequilla que ella misma había batido. Allí estaba con su cara sonriente tragando las moscas que venían de todas partes.

### *1.2. Parábola de Lincoln*

Aunque no nos gusten demasiado los ejemplos yankees (¡paciencia nos hace falta con ellos!), nobleza obliga. El negocio de Abrahán Lincoln fracasó políticamente en 1831. Derrotado en las elecciones para la legislatura del Estado en 1832, volvió a fracasar en los negocios en 1833. Al año siguiente fue elegido para la legislatura. Su novia murió en 1835 y después de eso le vino una depresión nerviosa. En 1838 perdió su licitación para ser presidente de la legislatura, y fue derrotado como elector en 1840 y en las elecciones para el Congreso en 1843. Ganó la competencia para el Congreso en 1846, para sufrir de nuevo la derrota en 1848, fecha en que se reiteró en las elecciones para el Senado en 1858. Después de todo eso fue elegido presidente de los EEUU en 1860.

En todo hombre público que alcanza una meta se esconde siempre un hombre privado que cultiva un hábito, cuyo color es el color de la paciencia.

### *1.3. Parábola del pequeño caracol*

¡Cuántísima paciencia desarrolla el caracol con su casita a cuestas! Aquel pequeño caracol emprendió la

ascensión a un cerezo en un desapacible día de finales de primavera. Al verlo, unos gorriones de un árbol cercano estallaron en carcajadas: «¿no sabes que no hay cerezas en esta época del año?» El caracol, sin detenerse, replicó: «no importa. Ya las habrá cuando llegue arriba». Llegara o no, el caracol ya las anticipaba en su imaginación comenzando a subir con suma modestia. La paciencia es la semisuma de un trabajo modesto y de una imaginación potente, es decir, de una mirada positiva y prepositiva.

Cuando las sociedades incitan al triunfo rápido, hay que recordar que la verdadera fuerza procede del interior, del modesto esfuerzo que recorre centímetro a centímetro, y que quien ríe en viernes puede llorar en domingo.

#### *1.4. Parábola del leopardo y el fuego*

Antiguamente el leopardo y el fuego eran amigos. Aquél vivía en la selva, y éste en una caverna. A veces el leopardo hacía largas caminatas para ir a ver a su amigo. Un día le dijo: «¿Por qué no me devuelves mis visitas, por qué te estás aquí metido siempre en la caverna en compañía de estas piedras negras? El fuego respondió: «Es mucho mejor que yo esté aquí. Si salgo, puedo ser muy peligroso». Pero el leopardo insistió tanto, que al fin su amigo dijo: «Bueno, pero primero limpia cuidadosamente la explanada que hay delante de la caverna». El leopardo, perezoso, arrancó la hierba, pero dejó alguna que otra hoja seca. Cuando el fuego salió de la caverna, se transformó en seguida en un gran incendio que, impulsado por el viento, llegó hasta la copa de los árboles. El leopardo, aterrorizado,

se puso a correr de un lado para otro y se le quemó la piel; todavía hoy lleva las señales de las quemaduras y, cuando ve a lo lejos al fuego, huye como un loco. Perezosos e inconstantes pierden hasta los amigos.

#### *7.5. Parábola del chino y el caballo*

Un chino tenía un caballo. El caballo se le escapó. Los vecinos fueron a darle el pésame. «¿Quién dice que sea una desgracia?», les contestó el chino. En efecto, a la mañana siguiente el caballo vino trayendo una yegua salvaje. Los vecinos le felicitaron. «¿Quién dice que sea una fortuna?», respondió el chino. A los dos días su hijo primogénito, montando la yegua, se cayó y quedó cojo. Los vecinos expresaron su dolor. «¿Quién dice que sea una desgracia?», preguntó el chino. Al año siguiente hubo una guerra en el país. El primogénito, por estar cojo, no tuvo que alistarse en el ejército. ¡Cuántas veces los juicios apresurados impiden ver más alto y más lejos! La paciencia es esa mirada que aguarda algún no-visto e imagina algún no-lugar. De ahí le viene a la paciencia su capacidad para tejer u-topías (no-lugares) y u-cronías (no-tiempos). Y de ahí también la extraordinaria vecindad entre la modesta paciencia y la modesta esperanza.

#### *1.6. Parábola de los artesanos de Chiapas*

Entre los indígenas de Chiapas, cuando el maestro, derrotado por los años, decide retirarse, le entrega al alfarero joven su mejor vasija, la obra de arte más perfecta. El joven la recibe y no la lleva a casa para admirarla, ni la pone sobre la mesa en el centro del taller

para que en adelante le sirva de inspiración y presida su trabajo. Tampoco la entrega a un museo. La estrella contra el piso, la rompe en mil pedazos y los integra a su arcilla para que el genio del maestro continúe en su obra. La obra de arte es tradición, entrega (*traditio*) de un arte sólo reproducible por la mano de otro artista si recrea lo creado por su maestro. Si lo destruyera no podría incorporarlo, pero si no lo retomase con libertad creadora, tampoco. En el primer caso sólo habría vandalismo, en el segundo plagio. Lo que evita ambos es la paciencia: en ella hallamos las grandes tradiciones creadoras.

### *1.7. Parábola del trigo*

Con la ardiente paciencia de un trival. He aquí una hermosísima parábola de Ignacio Larrañaga, un hombre cuya forma paciente de mirar la realidad dejándose interpelar por ella ha transformado muchos corazones: «hoy siembras un extenso trival en el campo. Vuelves a la semana siguiente y no se ve nada: parece que el trigo murió debajo de la tierra. Vuelves a las dos semanas y todo sigue igual: el trigo sigue sepultado en el silencio de la muerte. Retornarás a las cuatro semanas y observarás con emoción que el trival, verde y tierno, emergió tímidamente sobre la tierra. Llega el invierno y caen toneladas de nieve sobre el trival recién nacido que, aplastado por el enorme peso, sobrevive, persevera. Vienen las terribles heladas capaces de quemar toda vida. El trival no puede crecer, ni siquiera respirar. Simplemente se agarra obstinadamente a la vida entre vientos y tempestades para sobrevivir. Asoma la pri-

mavera y el trugal comienza a escalar la vida lenta pero firmemente. Apenas se nota diferencia entre un mes y otro; parece que no crece. Cuando vuelves unos meses más tarde, con tus asombrados ojos te encontrarás con el espectáculo conmovedor de un inmenso trugal dorado, ondulado suavemente por la brisa. ¿De dónde viene esta maravilla? De las noches horribles del invierno. Por haber sobrevivido con una obstinada perseverancia en las largas noches del invierno, hoy tenemos este espectáculo. No hay más. Cuando llegue la hora en que parezca que, en lugar de adelantar, retrocedes, mantente en pie, sobrevive, persevera como el trugal. Cuando la helada de la aridez o la niebla del tedio te penetren hasta los huesos, persevera con una ardiente paciencia: en tus firmamentos habrá estrellas y en tus campos espinas doradas».

#### *1.8. Parábola del sembrador*

«Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, unos granos cayeron en la vereda; vinieron los pájaros y se los comieron. Otros cayeron en terreno rocoso, donde apenas tenían tierra; como la tierra no era profunda, brotaron en seguida; pero en cuanto salió el sol se abrasaron y, por falta de raíz, se secaron. Otros cayeron entre zarzas; las zarzas crecieron y las ahogaron. Otros cayeron en tierra buena y dieron grano: unos, ciento; otros, sesenta; otros, treinta. ¡Quien tenga oídos que oiga!» (Mt 13,1).

Hasta el día de la cosecha crecerán juntos trigo y cizaña: «Semejante es el Reino de Dios a un hombre que sembró semilla en un campo. Mientras sus hom-



bres dormían, vino su enemigo, esparció cizaña en medio del trigo, y se fue. Pero cuando creció la hierba y llevó fruto apareció también la cizaña. Viniendo los criados del amo, le dijeron: 'Señor, ¿no sembraste buena cosecha en tu campo?, ¿cómo es que tienes cizaña?'. Él les dijo: 'Un hombre enemigo hizo esto'. Dijeron los criados: '¿Quieres que vayamos a recogerla?'. Les contestó: '¡No!, no sea que, al recoger la cizaña, arranquéis con ella el trigo. Dejad crecer juntas las dos cosas hasta la siega; en el tiempo de la siega, diré a los segadores: recoged primero la cizaña y atadla en haces para quemarla, pero el trigo recogedlo en mi granero'» (Mt 13, 24-30).

#### *1.9. Parábola del barrendero*

Momo tenía un amigo, Beppo Barrendero, que vivía en una casita que él mismo se había construido con ladrillos, latas de desecho, y cartones. Cuando a Beppo le preguntaban algo se limitaba a sonreír amablemente, y no contestaba. Simplemente pensaba. Y, cuando creía que una respuesta era innecesaria, se callaba. Pero, cuando la creía necesaria, la pensaba mucho. A veces tardaba dos horas en contestar, pero otras tardaba todo un día. Mientras tanto, la otra persona había olvidado su propia pregunta, por lo que la respuesta de Beppo le sorprendía casi siempre.

Cuando Beppo barría las calles, lo hacía despaciosamente, pero con constancia. Mientras barría, con la calle sucia ante sí y limpia detrás de sí, se le iban ocurriendo multitud de pensamientos, que luego le explicaba a su amiga Momo: «ves, Momo, a veces tienes

ante ti una calle que te parece terriblemente larga que nunca podrás terminar de barrer. Entonces te empiezas a dar prisa, cada vez más prisa. Cada vez que levantas la vista, ves que la calle sigue igual de larga. Y te esfuerzas más aún, empiezas a tener miedo, al final te has quedado sin aliento. Y la calle sigue estando por delante. Así no se debe hacer. Nunca se ha de pensar en toda la calle de una vez, ¿entiendes?. Sólo hay que pensar en el paso siguiente, en la inspiración siguiente, en la siguiente barrida. Nunca nada más que en el siguiente. Entonces es divertido: eso es importante, porque entonces se hace bien la tarea. Y así ha de ser. De repente se da uno cuenta de que, paso a paso, se ha barrido toda la calle. Uno no se da cuenta de cómo ha sido, y no se queda sin aliento. Eso es importante».

¿Acaso no es lo hermoso de la paciencia el que ella puede concedernos tiempo para conocernos a su través a nosotros mismos? Porque, nos pongamos como nos pongamos, la impaciencia con que nos miremos a nosotros mismos será la misma no-paciencia que nos impida mirar a la realidad como ella debe ser mirada: con-paciencia, con-pasión, con-com-pasión, com-padeciendo. Desde luego, con humor: «cuando era un chico de catorce años, relata Mark Twain, mi papá era tan ignorante que apenas podía tolerarlo; sin embargo, cuando cumplí veintiuno, quedé sorprendido de lo que él había aprendido en siete años».

## **X. LA PRUDENCIA**

### **1. Para saber vivir el presente**

Es la prudencia una sabiduría práctica, de la acción y en la acción: acción sin prudencia significaría catástrofe. Examinando pros y contras, eligiendo un camino y descartando otros, evaluando y discerniendo, la prudencia es el arte de vivir el bien. Sabiduría, sensatez, tacto, tino, discreción, cordura, juicio, serenidad, circunspección, ponderación, precaución, cautela, pies de plomo, tira y afloja: seamos prudentes como serpientes y sencillos como palomas.

El prudente es moderado.

El moderado es constante.

El constante es imperturbable.

El imperturbable vive sin tristeza.

El que vive sin tristeza es feliz.

Luego el prudente es feliz.

Si esto es así, el perfil del sabio deberá coincidir con el del prudente, es decir, con el del maestro o con el del padre que sabe discernir sin alocamiento, que nos lleva de la mano y desde que somos niños nos enseña a comportarnos como es menester. El prudente que en verdad lo sea (pues en la virtud de la prudencia abundan los que parecen, pero no son; también en esto hay que diferenciar entre el partido de los prudentes y el partido de la prudencia) habrá de resolver los conflictos del mejor modo posible, ocasionando el menor daño, aunque para ello, buscando el mal menor, a veces tenga que sacrificar los valores más bajos a los más

altos: prudencia es también dolor, quien añade prudencia (ciencia o sabiduría vital), añadirá asimismo cansancio.

Prudencia es, sobre todo, el arte de encontrar el tiempo adecuado para cada valor, o el valor oportuno en cada ocasión. Y esto precisa tiempo, errores, tanteos. El prudente nace, pero también y sobre todo se hace: no hay virtud alguna que no resulte de ese hacer, de esa hacendosa hacienda. Por suerte, disponemos de la vida para desplegar el arco de los valores, si bien no debemos errar demasiado (es decir, no debemos darle espacio al vicio). Hay tiempo para ser leales, justos, sobrios, alegres, compasivos. Todo tiene su tiempo, y su oportunidad. Ante la muerte de una persona querida no es prudente exteriorizar alegría; en la celebración de un acontecimiento feliz está de más el rostro avinagrado por los recuerdos de pasadas desgracias. Hay tiempo de reír y tiempo de llorar; tiempo de trabajar y tiempo de descansar. Lo cual, con ser ya mucho, no lo es todo. Prudencia es saber distinguir las cosas deseables de las que conviene evitar, y al respecto a veces conviene cerrar un ojo, pero no es prudente cerrar los dos al mismo tiempo.

### *1.1. Parábola de las tres mariposas*

Tres mariposas amigas vieron cierto día un lámpara de luz en una vivienda. La curiosidad por saber qué era aquello que brillaba como el sol, pero que no era el astro, les hizo entrar en aquella habitación. La primera, intrépida, se acercó a la bombilla; enseguida regresó diciendo: «no he podido saber muy bien qué era, por-

que aquello me cegaba. Mantendré la distancia hasta saber más». La segunda, más atrevida, se acercó más y casi se quema imprudentemente las alas: «es horrible, casi me destroza mis alas». La tercera mariposa, totalmente imprudente, se acercó más y más hasta quedar atrapada por el calor de la bombilla y arder con ella, carente de toda prudencia. La luz en aquel momento se volvió más intensa... sólo durante algunos segundos.

### *1.2. Parábola de los dos gatos y el mono*

Dos gatos se peleaban por la comida y llamaron al mono para que hiciese de juez en el reparto. Dividióla el mono en dos partes iguales, se sentó, examinó una y después otra, y dijo que quizá una parte era algo mayor que la otra. Quitó de ella un poco y se la comió. Cuando las examinó de nuevo le entraron sospechas de que quizá había quitado demasiado, y con ello las porciones seguían siendo desiguales. Quitó de nuevo un poco de la porción mayor, y se lo comió. Y así continuó, pues siempre que quitaba algo necesitaba igualarlo, con lo que la comida disminuía progresivamente. Temiendo los gatos quedarse sin nada, dijeron al mono que parase de comer, y que ellos mismos se arreglarían entre sí, a lo que el mono replicó: «no tengan prisa, amigos. Cualquiera que sea el resultado, lo que queda de la comida son mis honorarios. El caso está acabado, no vuelvan a pelearse».

### *1.3. Cuando el loco entra en mi casa*

Según Kant jamás puede llegarse a mentir en nombre de nada, ni siquiera invocando la prudencia: un

loco furioso persigue a un inocente ciudadano que para huir de la quema se mete en mi casa. ¿Debo negar la presencia del fugitivo en mi casa al loco? No; yo debo decir siempre la verdad, también ahora, si quiero comportarme de forma ejemplar para toda la humanidad. Pero ¿y si entra el loco?. Dicha la verdad, debo recordarle que llamaré a la policía y que no le permitiré entrar en casa; y que, si lo lograra, yo estaría dispuesto a defender al fugitivo con mi vida porque ahora soy responsable de él. He ahí un comportamiento categórico.

La verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero: «¿qué dos cosas me pedirías?», preguntó el rey al sabio. «Una, dejar que diga la verdad; otra, un caballo para salir corriendo». Di la verdad, aunque precisamente por ello después tengas que márchate a renglón seguido. No hagas como aquel político que presumía de verdaderamente hábil porque al llegar a una encrucijada tomaba a la vez los dos caminos. Que se haga justicia al modo castellano: «entonces, Garcí Ximénez de Aragón, cada uno de nos, que somos tanto como vos, y juntos más que vos, os hacemos rey, con tal que hagáis observar bien las leyes, y si non, non».

Por dura que sea, la verdad es la verdad. Estaba el filósofo Diógenes cenando lentejas cuando le vio el filósofo Aristipo, que vivía confortablemente a base de adular al rey: «si aprendieras a ser sumiso al rey, le dijo Aristipo, no tendrías que comer esa basura de lentejas». «Si hubieras tú aprendido a comer lentejas, le replicó Diógenes, no tendrías que adular al rey».

La verdad obliga, no nos vaya a pasar como al viudo de «La Partida» de Miguel Delibes que, bajo la

impronta de la aflicción del momento, había escrito en la lápida de su difunta esposa «espérame, pronto me reuniré contigo», y que fue atemperando luego su desconsuelo para olvidarlo de tal modo que, diecisiete años más tarde, fallecido él mismo, alguien añadió sarcónicamente sobre la lápida: «querido, creí que no venías».

Existen, sin embargo, excepciones a la obligación de decir la verdad. La verdad únicamente hay que callarla cuando al decirla se introducen más grandes males que al callarla, o cuando se daña innecesariamente sin contribuir a nada bueno.

#### *1.4. Parábola del niño de cristal*

Jaime nació transparente, pero la gente le llamaba «el niño de cristal» pues, si bien era de carne y hueso, parecía de vidrio. A través del cuerpo de Jaime se podía ver lo mismo que a través del aire. Se le veía latir el corazón y deslizarse sus pensamientos como si fuesen pececitos de colores dentro de una pecera. Una vez dijo una mentira, y de inmediato toda la gente pudo ver como un globo de fuego a través de su frente. Luego dijo la verdad, y el globo desapareció. De esta manera no volvió a mentir el resto de su vida. Jaime creció, se hizo un hombre, y cualquiera podía leer sus pensamientos y adivinar las respuestas cuando le hacían preguntas.

Cierto día llegó al gobierno de aquel diminuto país un feroz dictador, que gobernaba por el miedo. La gente callaba y sufría, pero Jaime no podía callar, ya que sin necesidad de abrir la boca todo el mundo podía

leer sus pensamientos en la frente transparente, pensamientos que eran contrarios al perverso dictador. El dictador le hizo entonces encarcelar en la mazmorra más oscura, pero las paredes de su celda se hicieron transparentes, y lo mismo las murallas de la prisión. De este modo, la gente que paseaba por la calle podía continuar leyendo en la frente y en el corazón de Jaime. Hasta de noche la celda era un foco del que irradiaba una gran luz, que quitaba el sueño al tirano, pues se le colaba por todas las partes aunque cerrara todas las ventanas.

Moraleja: hasta encadenado y privado de libertad, Jaime era más poderoso que el tirano, porque la verdad es más clara que la luz del día, y más temible que un huracán.



## **XI. TEMPLANZA**

### **1. La templanza: quien evita la tentación evita el peligro**

El mayor placer de muchos es llegar a vivir y a morir en el pellejo de un cerdo, y por eso su campana no suena. Ya no son un cascabel. Cuando más un cencerro. Y mientras, como dijera Martín Descalzo, te lleven a los tribunales si firmas un cheque sin fondo, pero no si toda tu vida está montada sobre la mentira.

Nuestro esquizofrénico mundo practica el hedonismo y admira el ascetismo. Pero la templanza no es ni lo uno ni lo otro; ella consiste en orientar el placer, que es subjetivo, hacia el bien objetivo. Su moderación no es tristeza, pues precisamente evita el sufrimiento que provocan los excesos. Constituyendo una forma de asumir positivamente nuestros límites, en lugar de evitar el desear hay que luchar contra los malos deseos y sustituirlos por acciones prepositivas. Por eso la templanza es la virtud que modera la inclinación a los placeres sensibles absteniéndose de lo malo, virtud nada sencilla, pues tales placeres brotan con vehemencia de una naturaleza humana que tiende a desmandarse ante ellos tratando de arrebatarlos a los demás, aunque para eso haya de recurrir a la violencia.

Nunca sabemos qué dique derribamos cuando cedemos a las tentaciones: llega un momento en que, perdida la serenidad, nos descubrimos vulnerables, y entonces las faltas nos atraen con vértigo. Hacer frente a a las tentaciones frecuentes que la vida suele ofrecer

exige estar dispuesto a huir de las ocasiones peligrosas, lo que a su vez pide ser humilde, pues el soberbio se cree más fuerte que todas las adversidades. Además de humilde hay que ser prudente, ya que al imprudente su imprudencia le lleva a callejones sin salida, siempre creyendo que va a ser capaz de detenerse a tiempo cuando quiera y como quiera con la ayuda de la razón, lo cual es andar haciendo equilibrios sobre la cuerda floja: de ciento que lo ensayan, apenas uno acierta a mantenerse en equilibrio y, aun éste que lo logra alguna vez, el día menos pensado sucumbe víctima de la distracción o del vértigo. Bien pronto harán lo que no está permitido los que hacen todo lo que está permitido. No valen propósitos enérgicos ni determinaciones inquebrantables; todo se hunde ante la fuerza terriblemente fascinadora de una ocasión. Los sentidos se excitan, se enciende la fantasía, aumenta fuertemente la pasión, se pierde el control de sí mismo, y finalmente sobreviene la caída. Por eso, mejor prevenir que curar, y quien evita la ocasión evita el peligro.

## **2. Templanza y desapego del yoísmo**

Admiramos a quienes, en lugar de dejarse arrastrar por las pasiones, las dominan; pero el mero hecho de dominarlas no nos hace virtuosos, sino el carecer de soberbia y presunción al dominarlas. El desprendimiento de todo es imprescindible, pero hay que desprenderse asimismo del apego al egoísmo o amor desordenado de sí, origen de todos los egoísmos.

### **3. Autocontrolarse, autodominarse, serenarse**

«Modérate», le decimos al airado, incluso al apasionado. «Todo con moderación», se recomienda por miedo a cualquier clase de exaltación. «Reprime tu impulso, echa el freno». Así las cosas, ¿es la moderación la virtud del cerrojazo, la «tranquilidad de espíritu», la ausencia de ambiciones, la inmovilidad que sigue a la falta de pulso vital? No, nada de eso, sino la ordenación del propio yo para energetizar el cosmos. Para ello hay que trabajar mucho: la persona templada ha sabido dosificar su vida habiendo realizado todos los valores, lo cual implica equilibrio, don de la oportunidad, evitación del exceso, sentido exquisito de la medida, sensibilidad abierta, etc.

Mientras, cuando el día se nuble y ruja el trueno, consérvate sereno, pues nadie puede permanecer sereno ante la ansiedad de sus propios pensamientos. Como primer paso, manten una apariencia tranquila ante estímulos que te provocan ira y agresividad. Si puedes, cuando estés enojado toma una hoja y escribe lo que sientes; al enfrentar de este modo el problema ganas en objetividad y pierdes en acaloramiento. Domina tu lenguaje, eso te ayudará a frenar tu agresividad. Trata de mantener la cabeza fría, respira profunda y lentamente; si gritas te involucrarás en más problemas; además perderás ante los demás la poca o mucha razón que pudiera asistirte. Verbaliza las razones de tu enojo sin ofender. Si todavía te sientes muy enfadado, o si la otra persona lo está, no discutas; hazlo cuando ambos se hayan tranquilizado. Mientras, cana-

liza tu emoción en alguna actividad que te permita liberar la energía contenida, extrae dulzura de lo amargo.

#### **4. Vivir con lo estrictamente necesario**

El castigo del Norte enriquecido es la plaga de la abundancia. Pero la Templanza le grita al Norte: modera el despilfarro, ten austeridad, lo que basta nunca es poco, por eso quien nunca tuvo almohada no la encuentra a faltar; sin la frugalidad nadie llega a ser rico, y con la frugalidad poquísimos llegarían a pobres. No es más feliz quien más tiene, sino quien menos necesita, aunque si un máximo es superfluo, un mínimo es necesario. Desde su grandiosa carencia de necesidades, Sócrates dice: «¡Cuánto es lo que no necesito, y lo poco que necesito qué poco lo necesito!» Así pues, actúa sin demasías; nada demasiado, la inmoderación pone de relieve el exceso del ansia. Si se miran las cosas a fondo, en la sobriedad está el sumo deleite. Recuerda con Gracián que en la templanza «el menos, la falta, se nota más».

La persona bien temperada no piensa en lo ausente como presente; al mismo tiempo, cuida de no complacerse demasiado en las cosas presentes para que su ausencia no le quite la paz. La templanza se manifiesta de cuatro maneras: en la manera de conseguir los bienes, de conservarlos, de acrecentarlos y de usarlos. El superior ama su alma; el inferior, su propiedad. Sólo puede cuidar lo ajeno quien sabe poseer lo propio; sin llegar a la avaricia, la persona sobria gasta siempre una moneda menos de la que gana: quien compra lo super-

fluo no tardará en vender lo necesario. En el imperio del oro, el Obispo Bartolomé de las Casas fue enterrado con un báculo de madera.

## **5. Cuatro parábolas**

### *5.1. Parábola del movimiento obrero*

Los obreros no luchaban por enriquecerse, como los burgueses, sino para posibilitar el advenimiento de un nuevo tipo de individuo y de sociedad. Eso explica que los más conscientes de ellos diesen una importancia decisiva, a su conducta personal, a sus costumbres cotidianas, a sus hábitos de vida. La lucha proletaria contra el alcoholismo, contra los naipes y juegos de azar, contra la violencia, contra la pereza, contra el tabaco y otras taras sociales no era sino la expresión del carácter integral de la cultura obrera. Si pudo surgir una cultura y un modo de ser proletarios, ello fue porque el obrero no se avergonzaba de lo que era, de su condición social, de su indigencia (sin sentimiento de la propia dignidad no hay liberación). El mundo del suburbio y de la fábrica no constituía un motivo de vergüenza, sino por el contrario de callado orgullo, de íntima dignidad. En ese mundo de privación y amargura el obrero se sentía en sus entrañas portador de valores excelsos: los valores de la igualdad y la fraternidad, del compañerismo y el valor humano. La pobreza era el signo externo de que el obrero no participaba en la explotación, sino alguien que vivía del sudor de su frente. En rigor, la lucha económica no era sino la expresión objetiva de una lucha mucho más profunda y

grandiosa: la lucha por un nuevo modo de ser, por un nuevo orden de valores opuesto al mundo burgués. Junto a sus reivindicaciones materiales, indispensables a su mantenimiento y reproducción, los obreros pidieron, de una manera sistemática y urgente, el derecho a educarse, es decir, el derecho a cultivar y ennoblecer su espíritu. Esta voluntad de emancipación fue tanto más meritoria por cuanto surgía en medios sociales en los que predominaba el analfabetismo: se leía siempre; la curiosidad y el afán de aprender eran insaciables; hasta de camino, cabalgando en caballerías, con las riendas o cabestros abandonados, se veían campesinos leyendo; en las alforjas, con la comida, iba siempre algún folleto. Es verdad que el setenta u ochenta por ciento no sabía leer; pero el obstáculo no era insuperable. El entusiasta analfabeto compraba su periódico y lo daba a leer a un compañero, a quien hacía marcar el artículo más de su gusto; después rogaba a otro camarada que le leyese el artículo marcado, y al cabo de algunas lecturas terminaba por aprenderlo de memoria y recitarlo a los que no lo conocían.

### 5.2. *Parábola del rabino y los caballos*

En un mundo que trata a ciertas personas como a perros y a ciertos perros como a personas, no estará de más reivindicar la templanza del rabino. Un rabino ve al cochero que golpea con el látigo al caballo para hacer que corra más aprisa. «¿Por qué pegas al caballo, una criatura viva?» «Pero rabino, nos están esperando». «¿Tiene la culpa de ello el caballo? ¿Le pegas porque nos están esperando?». El cochero deja en su sitio

el látigo; el caballo, contento, se pone al trote corto, y el cochero, nervioso, tira de las riendas y vocea: «¿Por qué gritas a este pobre caballo, por qué gritas a una criatura viva?» «¿Y qué quiere que haga para hacer que avance rápido?», pregunta el cochero a punto de perder la paciencia. «Háblele suavemente, arroja tu látigo, y aprende a hablar con suavidad».

### 5.3. *Parábola del cura de Ars*

A un párroco que se lamentaba de la frialdad de sus feligreses y de la esterilidad de su propio celo, le contestó el cura de Ars: «¿Ha predicado usted, ha orado, ha ayunado, ha dormido sobre duro, ha tomado disciplinas? Mientras no se resuelva usted a esto no tiene derecho a quejarse».

Hacerse víctima (el victimismo) es fácil; sin embargo, ayudar a otros exige autodisciplina: el acero de la templanza sólo fragua en la lucha exigente consigo mismo.

### 5.4. *Parábola del abad budista*

Cierto ejército rebelde irrumpió en el templo budista; todos los monjes huyeron, excepto el abad: «¿No sabes, rugió, que estás viendo a un hombre que puede traspasarte con su espada sin un parpadeo?» «¿Y tú, replicó el abad, estás viendo a un hombre que puede ser traspasado por una espada sin un parpadeo!». El general quedó desconcertado; pasado un momento, se inclinó reverencialmente y se marchó. Pues quien conquista a otros es fuerte, pero quien se conquista a sí mismo es poderoso.

Y adiós. Gracias por la magnánima virtud de haber  
acompañado hasta aquí a este frágil librito.

Que el sol brille templado  
sobre vuestros rostros.

Que la lluvia caiga suave  
sobre vuestros campos.

Que el viento sople siempre  
a vuestra espalda.

Y, hasta que volvamos a encontrarnos,  
que Dios os guarde en la palma de su mano.



## TÍTULOS APARECIDOS

1. *Diez palabras clave para educar en valores*  
Carlos Díaz (31.ª edición)
2. *Como levadura en la masa*  
Luis E. Hernández (5.ª edición)
3. *Memoria para la esperanza*  
Miguel Fernández Blanco (4.ª edición)
4. *Hacia el desarrollo sostenible*  
Federico Velázquez de Castro González (3.ª edición)
5. *Diez términos sociológicos clave para el tercer milenio*  
José Taberner (3.ª edición)
6. *La Solidaridad de Dios ante el sufrimiento humano*  
Mario Vázquez Carballo (2.ª edición)
7. *Hijos del Viento, la Luz y el Espíritu*  
Raúl Berzosa Martínez (2.ª edición)
8. *Las nuevas tecnologías y los valores humanos*  
Alfonso Gago Bohórquez (4.ª edición)
9. *Posees lo ajeno cuando posees lo superfino*  
Juan Biosca González e Irene Mora Pérez (3.ª edición)
10. *Vivir es comprometerse*  
Luis A. Aranguren Gonzalo (5.ª edición)
11. *Más allá de la guerra*  
Gerardo López Laguna (2.ª edición)
12. *África en la encrucijada. Caminos de solidaridad*  
Juan Manuel Pérez Charlín (2.ª edición)
13. *Diez virtudes para vivir con humanidad*  
Carlos Díaz (13.ª edición)
14. *Para ser persona*  
Xosé Manuel Domínguez Prieto (6.ª edición)
15. *Hacia una pedagogía del personalismo comunitario*  
Enrique Belenguer Calpe
16. *La familia y sus retos*  
Xosé Manuel Domínguez Prieto (4.ª edición)
17. *La agrupación solidaria*  
Julián Abad Marigil
18. *Ética del docente*  
Xosé Manuel Domínguez Prieto
19. *En torno a la enfermedad*  
Esperanza Díaz
20. *Cartografía de herrumbres (Aforismos)*  
Jaime Septién
21. *La Escuela de la Aventura*  
Guillermo García Domínguez
22. *Diez palabras clave para leer el Credo* (2.ª edición)  
Carlos Díaz
23. *Negocios contra cultura (Ensayos de urgencia)*  
Jai me Septién
24. *El trabajo humano*  
Antonio Calvo
25. *No perder el tú en el camino*  
Carlos Díaz